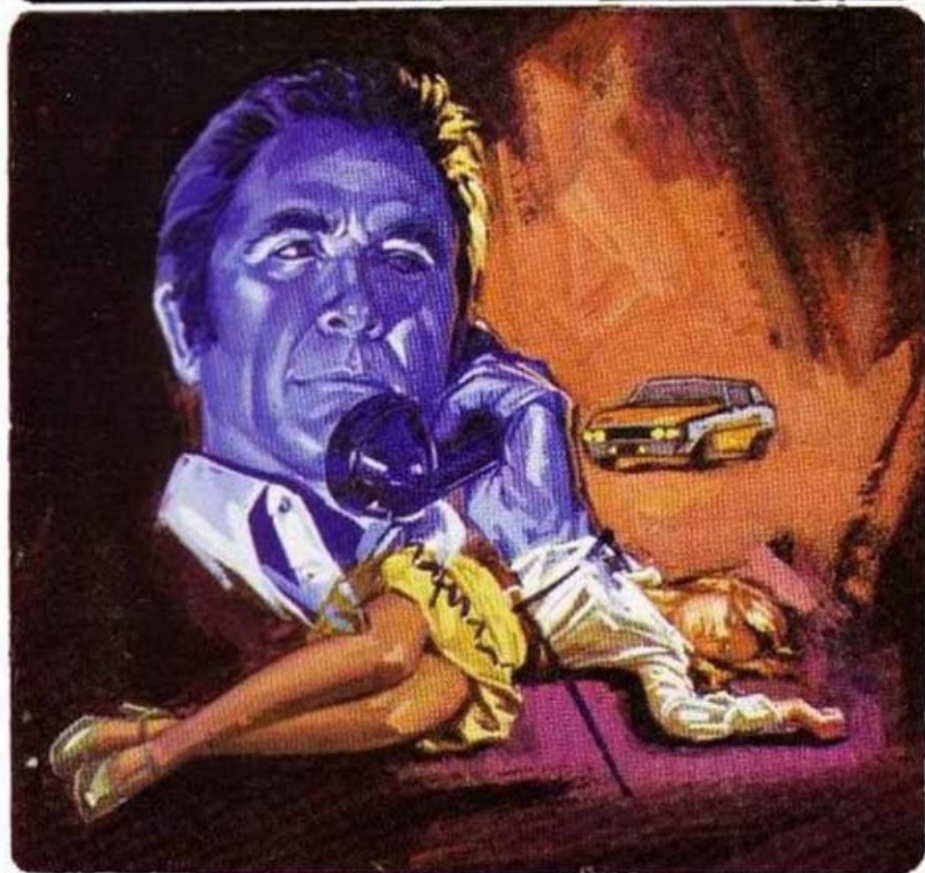


BOLSILIBROS BRUCUERA



Lou CARRIGAN

CONSEJERO MATRIMONIAL





eb

LOU CARRIGAN

CONSEJERO MATRIMONIAL

Colección LA HUELLA n.º 37
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 20361-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: julio, 1975

© Texto: Lou Carrigan - 1975

© Cubierta: Jorge Sempere

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

CAPÍTULO PRIMERO

El señor Talmadge se encaró con su esposa, tragó saliva con visible dificultad, y dijo, tímidamente:

—Querida: eres una... una puerca. Sí, una puerca, y una... una...

Buster Craven, sentado tras la mesa de su impresionante despacho, frunció el ceño tras los lentes de gruesa montura, y movió la cabeza negativamente, alzando una mano.

—No, no, no, señor Talmadge. Lo está haciendo usted francamente mal. ¡Vamos, pésimamente mal, si me permite la expresión!

El señor Talmadge dejó de mirar a su esposa, que estaba un poco pálida, y miró a Buster Craven. Mirar a Buster Craven también era impresionante. Era un atleta de treinta años, vestido con una elegancia y corrección apabullantes, y por si esto fuera poco, resultaba que además era guapo a lo masculino, con su cabello bien recortado, siempre afeitado, facciones viriles, mirada penetrante. Todo un tipazo.

—Lo... lo siento —tartamudeó el señor Talmadge.

Craven se puso en pie tras la mesa.

—Así no iremos a ninguna parte. Cuando se insulta a una persona, se la insulta con todas las ganas, poniendo el alma en ello. ¿No está usted de acuerdo?

—Bueno... Sí, claro...

—Por ejemplo, a mí no se me ocurriría decirle a usted, en plan de insultos: señor Talmadge es usted admirablemente cretino, si me permite decírselo. ¿Verdad? Más bien le diría: ¡cerdo de todos los demonios, eres el ser más estúpido, cretino y asqueroso que jamás he tenido la desgracia de conocer! Algo así. ¿No está usted de

acuerdo, señor Talmadge?

—Pues sí... Sí, pero...

Buster Craven miró amablemente al señor Talmadge, y luego a la señora Talmadge. Eran un matrimonio simpático, que ya habían rebasado los cincuenta. El señor Talmadge resultaba todavía atractivo, con su porte elegante, sus cabellos grises en las sienes, su piel bronceada... Seguramente, jugaba con frecuencia al tenis. La señora Talmadge era discretamente bonita, de aspecto dulce y tímido, una de esas personas que son incapaces de alzar la voz ni siquiera para pedir socorro cuando se está ahogando en un lago. Los dos vestían muy bien, y para Buster Craven, gran psicólogo y conocedor del ambiente, estaba bien claro que eran gente de dinero y de una posición social muy estimable. Dos personas encantadoras, en suma. Pero...

—Vamos a intentarlo de nuevo, ¿le parece bien? —propuso—. Mire usted fijamente a su esposa, e insúltela como suele hacerlo en ocasiones.

—Bu-bueno, es que... es que ahora no he bebido, y...

—Señor Talmadge, si usted no obedece mis instrucciones, yo no me pienso comprometer lo más mínimo en poner a flote su matrimonio, que, evidentemente, está naufragando. Tienen ustedes dos hijos, tres nietos, son personas educadas... Yo quiero solucionar su problema conyugal, pues para eso están ustedes dispuestos a pagar mis altísimos honorarios. Sin embargo, no podré hacer nada si ustedes no colaboran. De modo que, por favor, insulte brutalmente a su esposa. Por favor.

Henry Talmadge volvió a mirar a su esposa, de nuevo tragó saliva, se pasó la lengua por los labios, aspiró hondo.

—A ser posible, hoy —dijo, amablemente, Buster Craven.

—Sí... Sí, ya voy, ya. Bien... —Alzó, de pronto, la voz—. ¡Tú, marrana miserable, ven a limpiarme las fosas nasales! ¡Cretina, retrasada mental, deficiente sexual, asquerosa! Sí, sí, sí, Susan Talmadge, ¡todo lo que estás oyendo va por ti jorobada repugnante! ¡Hueles peor que una alcantarilla en verano! ¡Tu aliento parece una ventosidad...! ¡Y tu cara me produce náuseas, siempre llena de porquerías, como si fuese posible rejuvenecer con ellas! ¡Eres una vieja, que lleva dientes postizos, que tienes los pechos caídos y más arrugas que una tortuga sarnosa! ¡Tráeme otra botella, si no quieres

que te arranque esas orejas de burra lisiada! ¡Estás gorda y cebada como la más cerda de todas las cerdas que se revuelcan en el estiércol de mil gusanos! ¡Eres...!

—Suficiente —exclamó Craven—. ¡Suficiente, señor Talmadge! Caracoles, ¡ya lo creo que hay suficiente!

El señor Talmadge sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente. La señora Talmadge estaba lívida. Buster Craven carraspeó, volvió a sentarse, y de un cajón sacó un pequeño magnetófono, que colocó sobre la mesa. Recuperó la cinta grabada, y puso en marcha el aparato. Cuando la audición llegó a la parte que empezaba con lo de «marrana miserable», el señor Talmadge quedó tan lívido como su esposa. Cuando la audición terminó, ambos parecían unos cadáveres sentados en los confortables sillones del consultorio de Buster Craven.

El cual detuvo la marcha del aparato; quedó unos segundos pensativo, y luego miró al señor Talmadge.

—La verdad es que todo esto parece increíble en una persona de su calidad, señor Talmadge.

—Sí... Lo sé. Pe-pero... pero ya le digo que sólo me ocurre cuando bebo. Entonces, llego a casa, y... y me pongo a insultar, a Susan de... de ese modo tan horrible...

—Pero usted no es un alcoholico, ¿verdad?

—¡Claro que no! —Respingó Talmadge—. Sólo bebo de cuando en cuando...

—Pues no beba. Así evitará unas escenas tan penosas como ésta.

—Sí... Bueno, lo he intentado de todas formas. Ya le digo que no bebo con frecuencia pero, de cuando en cuando, pues... me gusta beber un par de tragos. He intentado dejarlo por todos los medios, pero no puedo. Y siempre me digo: esta vez no insultarás a Susan... Y luego, no sé qué me pasa, que la insulto... Bueno, ya ha oído usted.

Craven asintió con la cabeza, mirando ahora a la señora Talmadge.

—Pese a todo esto, señora Talmadge, entiendo que ustedes continúan amándose. Quiero decir, que en modo alguno han venido aquí como primer paso para sugerirse el uno al otro que sería conveniente el divorcio.

—No... ¡Oh, Dios mío!, no. ¡Claro que nos amamos, señor

Craven! —gimió la señora Talmadge—. Bueno, comprenda usted: nos amamos de un modo razonable, como corresponde a nuestra edad. Lo cierto es que siempre estamos muy a gusto juntos, y que Henry es muy considerado y cariñoso...

—En definitiva: ustedes quieren encontrar una solución al problema, sin tener que divorciarse.

—Así es —exclamaron los Talmadge a la vez, con la esperanza brillando en sus ojos.

—Magnífico. A mí no me gustan los divorcios. Prefiero arreglar las cosas por las buenas, y por eso he instalado este consultorio de consejero matrimonial. ¿De verdad quieren intentar solucionar el problema?

—¡Sí! —¡Sí!

—Muy bien. —Craven se puso de nuevo en pie—. Venga conmigo, señora Talmadge, por favor.

La dama se puso en pie, y fue en pos de Craven, hacia una puerta que había a la derecha del consultorio. Buster Craven la abrió, dejó pasar a Susan Talmadge, entró tras ella, y cerró, dejando al señor Talmadge sólo en el despacho.

Cinco minutos más tarde, el señor Talmadge comenzó a mirar su reloj de pulsera. Otros cinco minutos más tarde, encendió un cigarrillo.

Estaba a mitad del cigarrillo cuando la puerta se abrió. El señor Talmadge miró vivamente hacia allí..., y el cigarrillo escapó de sus labios y cayó sobre la lujosa alfombra. Buster Craven, que apareció detrás de la señora Talmadge, se apresuró a recoger el cigarrillo, lo puso en el gran cenicero de cristal, y fue a sentarse tras su mesa, poniendo en marcha el magnetófono y mirando expectante al señor Talmadge.

Pero éste no le miraba a él. No podía apartar los ojos de su esposa, que había caminado lentamente hasta detenerse ante él.

Estaba despeinada, sin maquillaje, con las cejas alborotadas, la ropa en desorden hasta el punto de que casi se le veía un seno; se le había corrido el carmín, manchando una mejilla y la barbilla; una de sus medias estaba caída; llevaba los zapatos en una mano, y en la otra una botella de *whisky*... Toda ella olía a *whisky*.

—Pe-pero... pero... —comenzó a tartamudear el señor Talmadge.

—¡Cierra la boca, rata de cloaca! —graznó la señora Talmadge—. ¡No abras ese agujero pestilente sin que yo te autorice!

—Susan —gimió Henry Talmadge, incorporándose—. ¡Susan!

Susan Talmadge le empujó con la mano que sostenía los zapatos, y luego blandió éstos sobre la cabeza de su marido.

—¡A callar, ser repugnante nacido en una pocilga! —gritó—. ¡Cállate si no quieres que te aplaste tus dientes de perro sarnoso...! ¿Con quién te has creído que estás tratando, hijo de veinte padres? ¡No eres más que un inútil, me das risa cuando te acercas a mí por las noches! ¡Esas puercas noches en tu compañía...! ¡Tienes menos virilidad que un chicle! Jamás has conseguido hacerme sentir mujer, ¿te enteras, mico lisiado? ¡Eres...!

—Por Dios... ¡Por Dios, Susan! —gimió el señor Talmadge.

—¡A callar, retrasado mental! Cuando yo hablo... ¡hip!... cuando yo hablo, tu te callas, ridículo hombrecillo... ¿Quieres un trago, so escoria? ¡Pues límpiame las orejas llenas de mugre! ¡Esta noche te voy a dar tal paliza que tus asquerosas piernas sin vello jamás podrán volver a sostener tu cuerpo de sapo blando y sucio! ¡Fanfarrón...! ¡No eres más que un fanfarrón! ¡Ni sabes jugar al tenis, ni sabes mirar a una mujer, ni sabes nada de nada! ¡Tu madre era...!

—Suficiente, señora Talmadge saltó Buster Craven.

Susan Talmadge quedó inmóvil, con la boca abierta. Sus ojos aparecían tan desorbitados como si fuesen a saltar del rostro de un momento a otro. Igual que los de su marido, que también permaneció inmóvil unos segundos. Luego, suspiró profundamente, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y de nuevo quedó inmóvil.

Cuando un minuto más tarde alzó la cabeza, miró a su esposa, y susurró:

—Lo siento, querida.

—Oh, Dios mío —gimió la señora Talmadge—. ¡Yo también, Henry, yo también! No quería hacerlo, creí que no podría...

Henry Talmadge se puso en pie, besó a su esposa en los labios, y le quitó la botella, que dejó sobre la mesa. Luego, le puso bien las ropas, la ayudó a subirse la media, y se acuclilló ante ella, para ayudarla a ponerse los zapatos. La tomó del brazo, y se dirigió hacia la puerta de salida, mirando a Buster Craven.

—Esperamos su factura, señor Craven.

—Estupendo —sonrió éste—. Les deseo que sean muy felices... durante muchos años más.

—Seguramente, lo conseguiremos. Gracias, señor Craven.

—A ustedes. Y no olviden mi lema: valen más dos tortazos a tiempo, que el divorcio. Buenas tardes.

Apretó un botón del intercomunicador, y la puerta se abrió antes de que los Talmadge hubiesen llegado a ella, dejando visible a la bella rubia que atendía las visitas en el antedespacho. La rubia acompañó a los Talmadge, y poco después entraba en el despacho, sonriendo.

—Yo diría que se marchan muy contentos, Buster.

—Parece que he acertado. Ya veremos... Bueno, puedes archivar este cassette con la grabación de los Talmadge, y marcharte. Yo tengo que ir a...

—Queda otra visita.

—No, no. Me largo ahora mismo. Quédate, hasta ponerlo todo en orden, y vete tú también. ¿No ha venido a recogerte Walter?

—Todavía no ha llegado. Creo que deberías recibir a esa chica, Buster. Es muy bonita, y me parece una verdadera pena que esté en esta clase de apuros... Es muy joven.

Buster Craven, consejero matrimonial, miró su reloj, vaciló, y acabó por asentir:

—Está bien. Son casi las cinco, pero la recibiré... Dame un cassette virgen, por favor. Y archiva éste.

Stella Jones, la eficaz secretaria del consejero matrimonial, siguió las instrucciones de su jefe, archivando el cassette y proporcionándole otro sin grabar. Craven lo colocó en el magnetófono, guardó éste en el cajón, y asintió. Stella salió del despacho, y reapareció segundos después, por detrás de la última visita del día y a un lado, sosteniendo la puerta.

—La señorita Warrens —anunció.

Craven se puso en pie, sonriendo amablemente, controlando su ligero asombro. ¿Una señorita? ¿Una chica soltera, en su consultorio para problemas matrimoniales? Bueno.

Le tendió la mano, muy cordial, simpático y serio a la vez.

—¿Cómo está, señorita Warrens? Por favor, siéntese.

La muchacha aceptó la mano de Buster. Luego, miró a ambos lados del despacho, desconcertada..., mientras Buster Craven

pasaba de un asombro a otro: la muchacha no era bonita, no... Era
SEN-SAC
IO-NAL.

Bien vestida, ligerita y fresca como correspondía a la magnífica tarde de finales de primavera, con un cuerpo M

AG-NI-FI-CO,

y un rostro tan encantador, con sus ojos azules y su boquita sonrosada que... Además, era rubia. O sea, su tipo. Y si estaba soltera...

—¿No está el señor Craven? —preguntó la muchacha.

—Yo soy el señor Craven —alzó las cejas Buster—. Para servirla.

—¿Usted? —exclamó ella.

—Pues sí. —Buster se puso bien el nudo de la corbata, y luego se miró las manos, como para identificarse—. ¡Ejem!, en efecto: yo soy Buster Craven. Lo cual no debería sorprenderla, ya que mi secretaria la ha introducido en mi despacho.

—Sí... Bueno, es que... yo esperaba que fuese... un hombre bastante mayor.

—¡Ah! Sí, comprendo. Pero, como usted ve, todavía soy considerablemente joven, señorita Warrens. De todos modos —sonrió—, creo estar capacitado para resolver cualquier problema matrimonial. Es tan sencillo...

—¿De veras? —exclamó la muchacha—. ¿Lo considera usted sencillo?

—Sencillísimo: sólo es cuestión de sentido común. Bueno —volvió a sonreír—, de todos modos, usted no debe tener ningún problema matrimonial, puesto que es soltera, así que..., ¿en qué puedo servirla?

—Bueno... No sé si...

—¿Desconfía usted de mi sentido común?

—¡Oh!, no, señor, no...

—Muy amable. Le aseguro que tengo una cabeza verdaderamente pensante. Quiero decir con ello, que sé cuántos son dos y dos. Sólo hay que pensar, comprender, y, entonces, ¡la solución!: dos y dos, cuatro. ¿O no son cuatro? Pero vamos a dejar aparte mi amable broma. Me permito insistir en que si tengo elementos de juicio, puedo llegar a una solución generalmente satisfactoria. ¿Y bien?

—Pues... Bueno, ya habrá comprendido usted que el problema no es mío. Es de una amiga.

—¡Ah! —Buster sonrió con exquisita cortesía—. Sí, claro, lo entiendo: una amiga. Una buena amiga que es tan tímida que no se ha atrevido a venir personalmente, y la ha enviado a usted, para que consulte el problema de ella, conmigo.

—Sí... Sí, exactamente.

—Para ser sincero con usted, sólo atiendo casos en un terreno estrictamente personal, pues me gusta conocer a las personas que quieren solucionar sus problemas. Sin embargo, voy a hacer una excepción esta vez. ¿Cuál es su... el problema de su amiga?

—Pues —la señorita Warrens se turbó visiblemente—. Bien, ella me ha encargado que diga que... que su marido es... es tonto.

Buster Craven estuvo un instante boquiabierto. Luego, movió con gesto de pesar la cabeza.

—Grave problema. Pero es fácil de ocultar entre el noventa y nueve por ciento de la población mundial, que también es tonta. Y claro está, si yo fuese capaz de hacer evolucionar la tontería hacia la inteligencia, me estaría dedicando a mejorar la raza humana, no a resolver problemas conyugales. Pero, aceptando lo inevitable de tener un marido tonto, quizá consigamos arreglar un poco las cosas. ¿Por qué es tonto el marido de su amiga?

—Es tímido.

—¡Ah!, eso es trigo de otro trigal. Los tímidos, por lo general, suelen ser personas encantadoras, y de gran sensibilidad. En muchas ocasiones, eso sí ha podido curarse. ¿Y por qué es tímido? Mejor dicho: ¿en qué es tímido?

—Pues... en su vida íntima; Bueno, ya sabe...

—Sí, sí. ¿Fuma usted?

Le acercó la caja de cigarrillos, le ofreció la llamita de su encendedor, y encendió otro cigarrillo para él.

—¿Cómo se llaman sus amigos?

—¿Tengo que decirlo?

—Sería conveniente. Y también su dirección.

—Es que Mary está... un poco asustada por este paso que ha dado, y no quisiera...

—Que yo sepa, el paso lo ha dado usted, no ella. Por otra parte, señorita Warrens, mi discreción está absolutamente garantizada.

¿Cómo se llaman sus amigos y dónde viven?

—Son Charles y Mary Smith. Viven en el 80 de San Benito Street, en Long Beach.

—Muy bien. ¿Y usted?

—Loretta Warrens. Soy vecina de ellos... Vivo en el 88 de la misma calle.

—Ya. Bueno, vamos a resolver ese problema. Si no he entendido mal, la queja proviene de su amiga Mary, en el sentido de que su marido es tímido.

—Sí.

—¿Y qué más?

—¡Oh, pues...! Bueno, Mary quisiera que... que Charlie fuese más... más... más...

—¿Más lanzado?

—Sí. —Loretta Warrens sonrió aliviada—. ¡Sí, exactamente!

—¿Existe algún problema de tipo físico? Entiéndame, algo que quizá impide que Charlie Smith se comporte de un modo más... agresivo.

—¡Oh, no!, nada de eso.

—Entonces, no es un problema médico, así que podemos seguir adelante. Tenemos, pues, que el pobre Charlie es tan tímido que la pobrecita Mary se... impacienta. ¿Y cómo es Mary? ¿Desenvuelta, desenfadada, alegre, insinuante...?

—¡Oh, no! Precisamente, ella también es tímida. Y como lo son los dos, pues muchas noches no... Quiero decir que ella lo mira a él, él a ella, y no... O sea, que... Bueno, el uno por el otro... Quiero decir que... —Sí, comprendo. Que no... Vamos, que no. ¿Usted conoce el cuento de la niña que se encontró un dólar?

—No... Me parece que no.

—Verá: había una vez una niña llamada Mary... ¡Qué casualidad, igual que su amiga! ¿Se da cuenta...? Pues Mary se encontró un día un dólar. Un hermosísimo dólar. ¿Qué hizo Mary? Se fue corriendo hacia el puesto del vendedor de helados, dispuesta a gastarse TODO el dólar en helados. Así que se plantó delante del puesto, y entonces surgió la terrible duda: ¿de fresa? ¿De chocolate? ¿De vainilla? ¿De coco? ¿O mejor uno doble con vainilla y chocolate? ¿O...? Finalmente, pidió un helado bieeennn graaaandeeeee de chocolate. ¿Y sabe qué pasó?

—No... No, no. ¿Qué... qué...?

—Pues mientras ella pensaba, otros niños mucho más decididos habían pasado por allí, y habían comprado tantos helados que cuando ella pidió el suyo, se habían agotado TODAS las existencias... Se quedó sin helado aquel día.

—¡Oh!

—Terrible —asintió amabilísimamente Buster Craven—. ¿De verdad ha venido usted desde Long Beach aquí, para hacer esta consulta, señorita Warrens?

—Sí... Es que usted tiene mucha fama, y...

—Muy agradecido, de veras. Pero podía haberse ahorrado usted el importe de esta consulta, que no es precisamente barata. Claro está, tiene derecho a mi consejo matrimonial. Vaya a decirle a Mary Smith que se compre una de esas camisitas tan deliciosas y transparentes, una botella de champaña, una sonrisa descarada, y, con todo eso, que se presente en el dormitorio conyugal cuando el buen Charlie esté en pijama. La camisita durará muchas noches. En cuanto al champaña, que debe ser de buena calidad, no resultará demasiado oneroso, porque cuando el buen Charlie comprenda lo que se estaba perdiendo por tonto y tímido, ya no le dará tiempo a Mary de descorchar la botella... ¿Usted me comprende?

—Sí... ¡Sí, sí!

—Magnífico. Mi secretaria la atenderá, respecto a los honorarios. Buenas tardes, señorita Warrens.

—Pe-pero..., ¿usted cree que será... así de sencillo?

—Si verdaderamente no hay otro tipo de problemas, y se han casado porque se aman, me apuesto la cabeza, las manos, los pies, y mi raqueta de tenis. Yo jamás fallo, señorita Warrens. Al menos, jamás un solo cliente ha venido a quejarse, así que si Charlie...

La puerta se abrió rudamente. Tanto, que fue a golpear contra la pared. Buster Craven miró sobresaltado hacia allá, mientras la señorita Warrens volvía la cabeza, no menos sobresaltada.

Dos tipos altos, grandotes y de aspecto tan fuerte como el de dos elefantes, entraban en el despacho, seguidos por Stella Jones, la estupenda secretaria de Buster Craven, que estaba muy alterada.

—Buster, lo siento —exclamó—. ¡Les he dicho que estabas ocupado, pero me han empujado y...!

—Está bien, Stella se puso en pie Craven, frunciendo el ceño. —

Parece que no tendremos más remedio que atender a estos caballeros. ¿Qué desean ustedes?

Los dos elefantes se habían plantado en el centro del gran despacho, y miraban con amable expresión a Craven.

—¿Usted es Buster Craven? —preguntó uno de ellos.

—Así es.

—Por favor —el otro movió un dedo en forma de gancho, como pescando al consejero matrimonial—, venga aquí, señor Craven. Lo que tenemos que decirle es confidencial.

Buster torció el gesto, pero se acercó a los dos hombres, y se plantó ante ellos. Le llevaban no menos de cuatro o cinco pulgadas cada uno, a pesar de la estatura nada despreciable de Buster.

—Ustedes dirán.

—Sí, con mucho gusto... ¿Me permite?

Diciendo esto, uno de los sujetos retiró delicadamente los lentes de sobre la nariz de Craven. En el acto, el otro le lanzó un puñetazo al estómago que resonó en el despacho como un cañonazo. Buster Craven se encogió, y salió despedido contra la mesa..., pasando por encima de Loretta Warrens, que lanzó un grito de espanto. Stella Jones comenzó a gritar... El tipo que le había quitado los lentes a Buster, los dejó sobre la mesa, se inclinó, agarró al consejero matrimonial por los sobacos, y lo puso en pie de un tirón. El puñetazo había sido tan bestial que, prácticamente, Craven había perdido el conocimiento...

Pero eso no pareció molestar a los dos visitantes.

Mientras uno lo sujetaba, el otro volvió a golpear a Buster en el estómago, luego en los costados, en la barbilla, de nuevo en el estómago, le partió una ceja de un trazo impresionante..., y el otro dijo:

—Hombre, ya está bien.

Lo dejó caer al suelo, ahora decididamente sin sentido. Tomó los lentes de sobre la mesa, se los colocó amablemente en la nariz, y se dirigió hacia la puerta, tan campechano.

—Cuando despierte —dijo—, díganle que esto es sólo el primer recado amistoso de su clienta, la señora Lucy Temple. Él lo comprenderá.

CAPÍTULO II

—Pues no —dijo Buster—; no lo comprendo. ¿Estás segura de que dijo que era de parte de Lucy Temple? —Claro que sí— asintió Stella.

—¡Maldita sea! —exclamó Walter Turner, su novio—. ¡Si yo hubiese venido unos minutos antes, esos tipos habrían sabido lo que es bueno!

Buster lo miró amablemente. Walter era un buen muchacho, sin duda alguna, y le caía muy bien. Sobre todo, porque desde el primer momento había asegurado que cuando él y Stella se casasen, ella seguiría trabajando con Buster, con lo que éste no perdería una secretaria poco menos que perfecta. Por lo demás, Walter no parecía el hombre capaz de grandes hazañas. Era bien parecido, simpático, sin duda alguna fuerte, pero... con dos elefantes como aquéllos hacía falta algo más que un Walter Turner cualquiera.

—Te lo agradezco, mucho, Walt, pero ha sido mejor así. Nada de, complicar las cosas —miró vivamente a Stella—. ¡Supongo que no habrás avisado a la policía!

—No, no. Me pareció que...

—Has hecho bien. Nada de escándalos. ¿Qué pasó exactamente?

—Pues te golpearon, te dejaron en el suelo, y se fueron. Entre la señorita Warrens y yo te colocamos en el sofá, y cuando te estaba curando la ceja, llegó Walter, que me ayudó. Luego...

—Sí, ya sé: luego he despertado con este parche en la ceja, un ojo casi cerrado, el cuerpo triturado, y tendido en este sofá que me costó mil ochocientos dólares, donde he escuchado esa tontería de Lucy Temple..., y sigo tendido, temiendo que si me muevo me salten todos los huesos. ¿Qué hora es?

—Las cinco y veinte —miró Walter Turner, su reloj.

—Eso quiere decir que no he dormido demasiado... ¡Maldita sea mi estampa! ¿Qué habrán querido decir?

—Bueno, Buster —murmuró Stella—, tú sabes que Lucy Temple es una de tus clientes...

—¿Y qué?

—Caramba —sonrió Walter—. Parece evidente que tus consejos no le han dado resultado.

—Muy gracioso —masculló Buster—. ¿Te parece que es momento de bromas, animal?

—Hombre, no te lo tomes así —se disculpó Turner—. No he pretendido molestarte, de veras.

—Lo siento... Perdona, Walt.

—No importa —encogió los hombros Turner—. ¿Quieres que te llevemos a tu apartamento?

—No, señor —gruñó Buster—; no soy un inválido. Teníais que ir al cine, o algo así, ¿no? Pues largaos.

—Hombre, Buster... —empezó a protestar Turner.

—Que os larguéis, ¡maldita sea! Estaré aquí un rato, descansando, y luego me iré a casa. Quiero echar un vistazo a la ficha y las grabaciones de Lucy Temple, a ver qué consejo tan malo le di para que me haya enviado dos matones. ¡Hala! —Chascó dos dedos—, id por ahí a divertirlos: no ha pasado nada.

Walter Turner y Stella Jones cambiaron una mirada. Ella encogió los hombros, asintió con la cabeza, y señaló hacia la puerta. Turner todavía vaciló unos segundos, pero acabó cediendo.

—Adiós, Buster, Hasta mañana.

—Adiós, adiós...

Esperó a estar seguro de que se hallaba solo. Entonces, comenzó a incorporarse en el sofá. Para conseguir sentarse invirtió más de dos minutos, al cabo, de los cuales estaba jadeante y sudoroso, le dolía la cabeza, y sentía el estómago como... Mejor dicho: no sentía el estómago. Era como si allí hubiese un enorme boquete por el que circulase un aire frío que le producía náuseas. Cuando finalmente pudo quedar en pie, sabía que todos los músculos de su cuerpo se habían aflojado, hasta el punto de que le temblaban las piernas.

Comenzó a caminar por el despacho... Lo siguiente que supo, fue que estaba sentado sobre la alfombra, y que delante de él su rica mesa parecía un bote en alta mar.

«Vamos a tomarlo con calma —pensó—. Con mucha calma».

Se tendió en la alfombra, y estuvo así quince minutos, reposando..., y sobre todo pensando. Lucy Temple. ¡Claro que la recordaba! Era una ex actriz de cine, una de esas clásicas estrellas que nunca se resignan a celebrar sus cumpleaños con una sonrisa, a partir de los treinta. Y Lucy Temple habían cumplido más de treinta... ¡Vaya si había cumplido los treinta! Y hasta los cuarenta. Pero si no recordaba mal, estaba todavía de muy buen ver, vaya que sí. Lo malo de Lucy Temple era que no había sabido adaptarse a papeles de señora cuarentona y de buen ver, sino que había querido seguir siendo la niña bonita de la película.

Comenzó a contarle cosas del joven marido que había «pescado». Un muchacho guapísimo, que se había cobijado bajo sus enaguas con la esperanza de que ella le impulsaría hacia arriba. Y hacia donde ella le había impulsado, fue hacia «abajo». Tan abajo, que el muchacho se cansó, y un buen día la dejó sola. Ése había sido el problema. Eso había impulsado a Lucy Temple a recurrir a la ayuda que pudiera prestarle un consejero matrimonial...

Buster Craven recordaba en aquel momento, sus propias palabras como si las estuviese pronunciando:

«¿Ayuda, señora Temple? ¿Consejos? Mire, si usted se hubiese peleado con un marido de su edad, y con el cual hubiese estado viviendo en amor durante unos años, yo encontraría la solución. Pero, en este caso, mi consejo sólo puede ser uno: acepte que tiene cuarenta hermosos años, disfrútelos, y olvide a ese muchacho. Pida el divorcio, o algo así... Y le aseguro, señora Temple, que cuando yo recomiendo el divorcio, es que no hay otra solución». Sí.

Lo recordaba perfectamente, así que no tenía ninguna necesidad de mirar el archivo. Además, lo recordaba todo tan bien, que no quería escuchar la grabación que había hecho con las confidencias de Lucy Temple. Eran repugnantes.

Buster se sentó en la alfombra, y se pasó una mano por la cara.

—Bueno, ¿qué culpa tengo yo de todo eso? ¿Acaso el muchacho la dejó por mi culpa? ¡Claro que no! ¿Pues entonces...? Y además, de todo eso hace, por lo menos, dos meses... ¿Ahora se acuerda esa idiota de mí y de mis consejos?

Consiguió ponerse en pie, y, con cierta compostura, salió del despacho. No había sido fácil conseguir aquel consultorio, una

buena clientela, un prestigio... Y cuando ya lo tenía todo en marcha, una chiflada envía a dos matones a zurrarle.

—Debe estar loca —masculló Buster.

Salió al pasillo, y llegó ante la puerta del ascensor caminando con aceptable dignidad. Le dolía la barbilla y el ojo, pero eso era bastante soportable. En cambio, las costillas y el estómago... Sí, era como si estuviesen sueltas unas y flotando el otro. Terrible.

Bajó en el ascensor, y salió a Wilshire Boulevard con el aire desenvuelto de quien está dispuesto a darse un estupendo paseo, pero notando la flojedad en las rodillas y el vacío en el estómago...

—¿Ya está usted bien, señor Craven?

Se volvió a mirar hacia su izquierda, vivamente, y estuvo a punto de lanzar un alarido de dolor cuando, al fruncir el ceño, le pareció que le estaban arrancando la ceja.

—¡Ah, señorita Warrens! —consiguió decir con naturalidad—. Encantado de verla. ¿Vive usted por aquí?

—No, señor —se sorprendió ella—, ya le dije que vivo en Long Beach, o sea, muy lejos de aquí.

—Es cierto. Bien...

—He comprado un par de cosas por aquí. Ya sabe usted que Wilshire Boulevard es famoso por sus tiendas... Me pareció que podía terminar de hacerle el favor a Mary comprándole una... camisita como la que usted me indicó. He entrado en Bishop's, y la he comprado... Es una preciosidad.

—Me alegro por Mary..., y por Charlie. Bien, hasta...

—La verdad es que he estado por aquí espiando a ver si salía usted —dijo, rápidamente, Loretta Warrens—. ¿Sí? ¿Por qué motivo?

—Me pareció que estaba usted bastante mal, y como luego vi salir a sus amigos... Bueno, a su secretaria y su novio. Pensé que quizá usted necesitaría ayuda... En mi opinión, debimos avisar a la policía.

Buster Craven se rascó muy reflexivamente la coronilla.

—Por lo que veo, señorita Warrens, usted es una persona que no vacila en meterse en asuntos ajenos. Voy a permitirme aconsejarle que desista de ello, o se verá en serios apuros.

—¿Como usted? —sonrió la muchacha.

—Exactamente. Tenga en cuenta que esto me ha pasado siendo un profesional de los consejos. Ahora, imagínese lo que puede llegarle a ocurrir a un novato. Buenas tardes, señorita Warrens.

Dio unos cuantos pasos más, y tuvo que acercarse rápidamente a la fachada del edificio, para apoyarse allí. Cerró los ojos, mientras sentía el rostro frío, las rodillas blandas... Cuando abrió los ojos, Loretta Warrens estaba ante él, mirándole con expresión preocupada.

—¿Se encuentra mal?

—Pues si he de serle sincero, sí.

—Ha de ser usted un hombre muy fuerte para estar caminando, después de aquellos golpes. Lo normal sería que estuviese acostado, con la cara rota, y sin fuerzas para mover un solo músculo. Fueron pocos golpes, pero bien dados, en los sitios adecuados. Caramba, ¡debió usted jugarle una muy mala pasada a esa Lucy Temple!

—¿Quiere hacerme un favor, señorita Warrens? Llame un taxi para mí. A pesar de sus elogios, no estoy en condiciones de caminar, ni de conducir.

—Tengo mi coche muy cerca de aquí, en un *parking*. ¿Quiere que lo lleve a su casa? Lo haría con mucho gusto.

—Es usted muy amable —un destello irónico pasó por el ojo abierto de Buster Craven—. En cuanto a lo de llevarme a mi apartamento, supongo que no hay nada de malo en que lo haga. A fin de cuentas, es usted una chica soltera, y yo un hombre soltero... ¿Verdad?

—Claro —sonrió Loretta—. Tenga, sostenga esto: estoy aquí con el coche en dos minutos.

Fueron casi cinco minutos. Durante ese tiempo, Buster Craven estuvo apoyado en la pared, con un ojo cerrado, las piernas flojas, y sosteniendo el paquete de Bishop's.

Loretta Warrens salió del coche, tomó de un brazo a Buster, y le ayudó a llegar al coche, detenido en doble fila. Una vez estuvo en el asiento contiguo al volante, pasó ella al otro, y partió rápidamente.

—¿Dónde vive usted?

—En el 2074 de Palisade Avenue.

Hacia las seis y media, Buster Craven entraba en su apartamento, seguido de Loretta Warrens, que cerró la puerta, y se

apresuró a continuar sosteniéndolo por un brazo, del cual se desasíó él con gesto un tanto brusco.

—Muchas gracias por todo, señorita Warrens. Ahora, si me lo permite, tomaré un baño caliente, y estoy seguro de que dentro de poco estaré como nuevo.

—Sin duda alguna. ¿Quiere que le prepare algo, mientras tanto?

—No quisiera seguir, molestándola.

—¡Pero si no me molesta...! Al contrario, estoy encantada de poder ayudarle, porque usted me resulta muy simpático y agradable.

Buster estuvo a punto de gritar de nuevo cuando otra vez quiso fruncir el ceño, mirando de abajo a arriba a la muchacha... ¿A qué demonios estaba jugando aquella SEÑORA? Porque lo de Mary y Charles Smith era el cuento más tártaro que Buster había escuchado en su vida. Es decir, que, naturalmente, «Mary» era la propia «señorita» Warrens, que (esto sí debía ser verdad) se había casado con un tonto.

—¿Qué demonios pretende usted? —masculló.

—Ayudarle. ¿Quiere que le prepare algo tonificante?

—¿Tonificante?

—Un *whisky*, por ejemplo. ¿Tiene usted *whisky*?

—Claro que tengo *whisky* —farfulló Buster—. Prepárelo, y muchas gracias por todo. Espero que sepa volver usted sola a Long Beach.

Se fue al cuarto de baño, dejando a Loretta Warrens en el salón. Bueno, no le importaba esto, porque allá no tenía nada que ocultar. Era un apartamento formidable de soltero, y listo.

Abrió el grifo del agua caliente, y mientras la bañera se iba llenando, se dedicó laboriosamente a desnudarse. Muy laboriosamente, porque cada movimiento era un auténtico martirio.

—Y luego van y salen esos tipos de los telefilmes, a los que pegan unas palizas tremendas, y los tíos se quedan como si tal cosa. ¡Paparruchas!

Se metió en la bañera, esperó a que el agua le llegase al cuello, y cerró el grifo. Cerró también los ojos, y se relajó. Lo del baño caliente era el mejor invento que había hecho el ser humano, sin duda alguna...

—¿Lo quiere ahora o cuando salga del baño?

Abrió los ojos, sobresaltado. Loretta Warrens estaba allí, con el vaso de *whisky* en una mano, ofreciéndoselo. Con hielo. Era un encanto de criatura, tenía que admitirlo.

—Espero —dijo Buster— que, al menos sea usted mayor de edad.

—¡Oh, sí! —se desconcertó ella—. Cumplí veintidós años hace cuatro meses. ¿Por qué dice eso?

—Tonterías mías.

—¿Quiere que le dé un masaje en el estómago?

—¿Ahora?

—No, no. Cuando salga del baño. Aunque no sé si será conveniente, pues debe dolerle muchísimo.

—¿Cómo lo ha adivinado? —Gruñó Buster, agarrando el vaso de *whisky*.

—Mañana tendrá usted unos hematomas tremendos, señor Craven. Lo mejor sería que no saliese de casa.

—Oiga, ¿quién es aquí el consejero?

—Usted, desde luego. ¿Sabe...? Su profesión me resulta simpática. Eso de solucionarle los problemas a la gente, es digno de elogio.

—Muchas gracias.

—¿Es usted médico, o algo así? Quiero decir que debe ser médico especializado en psiquiatría, ¿no?

—No. Cuando le envíen mi factura —la miró irónicamente—, podrá usted comprobar que la palabra «doctor» no está escrita en ella en modo alguno... Soy simplemente un sujeto que ha vivido un poco, que más bien es inteligente y razonable, y que sabe sacar partido de ello del modo más cómodo posible.

—Entiendo. ¿Y tiene usted licencia para trabajar así?

—¿Qué tiene de malo? No ofrezco filtros de amor, ni nada parecido; solamente consejos inteligentes. Y le voy a decir otra cosa: algunos policías han venido muy secretamente a mi consultorio para que les resuelva sus problemas conyugales. Incluso uno de ellos, cuyo nombre no viene al caso, pero que es sargento por darle algunas señas, me está muy agradecido. Lo aparté del divorcio cuando el asunto estaba ya en trámites... El desdichado estaba loco por su mujer, pero se hacían la vida imposible el uno al otro. Cuando le di mi consejo, dijo que yo era un maldito chiflado.

Bueno, tres días más tarde, vino a mi despacho, a abrazarme y besarme.

—¿Y qué solución le dio usted? —sonrió Loretta Warrens.

—Le dije... Pero, oiga, ¿qué demonios pretende? ¡Me está sometiendo a un tercer grado!

—Es que me parece interesantísimo su trabajo... ¿Porqué no pone un consultorio sentimental en la radio o la televisión?

—Hace un año que dirijo ambos —refunfuñó Buster.

—¡No es posible! ¡Me habría dado cuenta!

—Utilizo el seudónimo de... ¡Maldita sea mi stampa! ¿Pretende usted que le cuente mi vida y milagros?

—Estoy segura de que me encantaría estar al corriente de su vida. ¿Nunca ha estado casado?

Buster Craven frunció el ceño... a medias. Masculló algo, bebió, por fin, un sorbo de *whisky*, y eso pareció mejorar un poco su humor. De todos modos, miró un tanto agresivamente a la muchacha.

—Mire, señorita Warrens, yo creo que lo mejor que podría usted hacer es regresar a Long Beach. Y muchas gracias por todo.

—¿No quiere que le prepare algo para cenar?

—Su amiga Mary debe estar esperándola con la solución a su problema, supongo.

—¡Oh, llegaré a tiempo...! Charlie no se pone el pijama hasta las once o así.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Es la hora en que termina la televisión.

—¡Aaaah...! ¿De modo que Charlie ve televisión hasta última hora? Pues ahí va otro consejo para su amiga Mary: que provoque una avería en el televisor. Así se irán antes a dormir. ¿Comprende?

—¡Qué idea tan maravillosa, señor Craven!

—Sí... Soy un tío listo.

—Iré a ver qué tiene usted en la cocina. ¿Le importa que me invite yo misma a cenar?

—La verdad, no sé cómo podría evitarlo.

Loretta Warrens sonrió, y salió del cuarto de baño, seguida por la mirada de Buster Craven, que tuvo que ir oscilando de un lado a otro, siguiendo el compás de las estupendísimas caderas de la muchacha. Luego, parpadeó con su ojo sano.

—Debo ser más atractivo de lo que pienso —reflexionó—. Lo cual es mucho decir.

Estuvo en la bañera hasta que el agua comenzó a enfriarse. Cuando salió, se sentía bastante mejor. Se puso el albornoz, y fue al saloncito, donde Loretta Warrens tenía ya la cena a punto. Y, en un plato, un filete de carne, que señaló.

—He salido un momento a comprar eso. Póngaselo en el ojo.

—Si no le importa, lo prefiero a la plancha. El filete, no el ojo.

Loretta se echó a reír.

—¡Qué hombre tan interesante es usted, señor Craven!

—Fineza por fineza, señorita Warrens, usted me parece a mí una chica fuera de serie. ¡Oiga! ¡Esto huele muy bien!, de veras. No me diga que es cocinera.

—Soy enfermera.

—¡Aaaah...! Ahora comprendo lo del masaje y todo eso. Bueno, si alguna vez estoy enfermito, la llamaré a usted para que me ponga las inyecciones.

—Sé hacer muchas más cosas, señor Craven.

—No me cabe la menor duda. Me voy dando cuenta de que es usted una de esas repelentes sabihondillas que viven su vida.

—¿Le parezco repelente?

Buster Craven volvió a mirarla de arriba abajo, se rascó la coronilla, y señaló la mesa.

—Será mejor que cenemos. Oiga, ahora que caigo: ¿todo esto lo está usted haciendo por amor al prójimo, o profesionalmente, de modo que luego me pasará su factura de enfermera?

—Ya que dice usted eso —reflexionó la muchacha—, podríamos llegar a un acuerdo: mi factura, por la de mi amiga Mary. El pobre Charlie no es precisamente millonario.

—Hoy no es mi día —masculló Buster.

—El mío, sí.

Una vez más, pese al dolor, Buster frunció el ceño. Luego se sentó a la mesa, y estuvo mirando las manos de Loretta mientras ésta le servía la cena. Unas manos muy bonitas, delicadas... Desde luego, lo que estaba sucediendo no era normal. Al menos, no era corriente. ¿Qué pretendía exactamente Loretta Warrens? A lo peor, después de invitarse a cenar, pretendía invitarse a desayunar.

—Estoy pensando, señorita Warrens, que todavía podría usted

hacerme otro favor esta noche —dijo, alzando la mirada hacia sus ojos.

Ella también se quedó mirándole fijamente, y susurró:

—Con muchísimo gusto, Buster.

—Después de cenar, podría llevarme en su coche a un sitio.

El desencanto de Loretta fue enternecedor.

—Bueno —murmuró—. Si eso es lo que quiere...

CAPÍTULO III

—Muchísimas gracias —la miró Buster, poniendo la mano en la manilla de la puerta—. Ha sido usted muy amable, señorita Warrens.

—No tiene importancia. ¿De verdad se encuentra bien? ¡Creo que está cometiendo una imprudencia! Debería estar en la cama.

—Hablando de camas: ¡corra a llevarle la camisita a Mary! Buenas noches, señorita Warrens.

—Adiós...

Buster se apeó, esperó a que el coche de Loretta se alejase hasta perderlo de vista, y entonces alzó la mirada hacia el edificio más alto de la acera de enfrente. Todavía estuvo vacilando unos segundos, pero finalmente, con gesto resuelto, cruzó la avenida.

Cuando entró en el portal de aquel edificio, eran las nueve menos diez de la noche. Localizó el buzón de la correspondencia de Lucy Temple, donde estaba anotado el número del apartamento, y se dirigió hacia el ascensor. Dejó éste en el sexto piso, y poco después estaba ante la puerta 606.

Pulsó el timbre.

Lo pulsó de nuevo, medio minuto más tarde. Y otra vez. Todavía otra más. Finalmente, mosqueado, dio media vuelta, y regresó hacia el ascensor.

Estaba ya ante la puerta de éste, cuando recordó algo. Parte de las confidencias repugnantes de la cuarentona de buen ver. Regresó por el pasillo, hacia el gran tiesto con plantas de tipo desértico que había entre el apartamento 604 y el 606, y comenzó a hurgar en la tierra arenosa con dos dedos.

Encontró el llavín muy pronto, y se lo quedó mirando, con cierta sonrisilla sarcástica. Volvió ante la puerta 606, metió el llavín en la

cerradura, y abrió, como uno cualquiera de los «amigos» de la Temple, que siempre eran bien recibidos. Entró y cerró, y sólo entonces encendió la luz. Lucy Temple debía estar por ahí, gozando estúpidamente de la vida, y queriendo convencer al mundo de que todavía tenía veinte pimpantes años.

Apagó la luz del recibidor desde la entrada al salón, tras encender la de éste. ¿Y si la Temple yacía por ahí, drogada como una bestia?

—¿Señora Temple? —llamó.

El silencio por respuesta. Encogió los hombros, fue hacia el pequeño mostrador curvado del salón, pasó detrás, y se sirvió una moderadísima ración de *whisky*. Luego, miró su reloj. Eran las nueve menos cinco, así que soltó un bufido. ¡Cualquiera sabía a qué hora se retiraba aquella pájara!

Se terminó el *whisky* y fumó un cigarrillo. Puso las manos en las rodillas, y miró alrededor. Desde luego, la Temple no vivía mal, pero sus tiempos de esplendor en Beverly Hills habían quedado muy atrás.

Comenzó a tamborilear con los dedos sobre las rodillas. Se puso en pie, lentamente, y se encaminó al dormitorio. Llegó allí, encendió la luz, y dio un paso hacia el interior...

Sólo un paso.

Desde allí, se quedó mirando a Lucille Temple.

Estaba tendida junto a la cama, sobre la alfombra, de cara al techo, con los ojos casi fuera de las órbitas, y la lengua hinchada colgando por un lado de la boca. Se hallaba a medio vestir. Concretamente, llevaba los sujetadores, la faja pantalón y las medias. Nada más que eso.

Durante unos segundos, el consejero matrimonial permaneció como petrificado observando el cadáver. Por fin, reaccionó. Se acercó a ella, se arrodilló, y se quedó mirando los ojos, que parecían dos bolas de cristal verdoso. En el cuello se veían perfectamente las marcas oscuras de unos dedos. La habían estrangulado.

Buster adelantó una mano hacia aquel cuerpo, rozándolo apenas. Estaba frío y rígido, endurecido. Retiró vivamente la manó, y se la pasó por la frente. También él estaba frío.

Cuando se incorporó, se vio en el espejo del tocador. Su rostro estaba blanco como la leche.

Regresó al salón, y se dejó caer en el mismo sillón de antes. Se quedó mirando el vaso, pero sin verlo..., hasta unos segundos más tarde. Sus huellas. Sus huellas dactilares estaban en aquel vaso; Y en la botella, y en la puerta, y en el frigorífico, y en la cubeta, y ¡en todas partes! La idea pasó por su mente, desde luego: recoger la colilla de su cigarrillo, borrar sus huellas cuidadosamente, y marcharse... Pero acabó moviendo negativamente la cabeza. Nada de tonterías. Se pasaba la vida presumiendo de inteligencia, de saber pensar. Pues bien: había llegado el momento de demostrarlo.

Estuvo pensando durante cinco minutos. Luego, simplemente, salió del apartamento, lo cerró con llave, dejó ésta en el tiesto, tal como la había encontrado, y bajó a la calle. Poco después entraba en un bar.

—Póngame café —pidió al camarero—. ¿Dónde está el teléfono, por favor?

—Junto a la puerta de los lavabos —señaló el camarero, hacia el fondo del local.

—Gracias.

Fue hacia allá. Marcó el número del Departamento de Policía...

—Quisiera hablar con el sargento Mackey, de Homicidios... Sí, James Mackey.

—¡Ah! Entonces, debe estar en su casa, ¿no?

—Gracias.

Colgó, y se quedó pensativo. Desde luego, recordaba la dirección del sargento Mackey, pero no su teléfono. Tuvo que recurrir al listín, que le solucionó el problema. Muy poco después, marcaba el número.

—Mmm... ¿Es usted la señora Mackey?

—Quisiera hablar con su marido, señora... ¿Qué? ¡Ah, no, no! No soy del Departamento, Es una llamada privada, personal.

—¿...?

—Buster Craven.

—¡...!

—Sí, el mismo... ¡Ah, muchas gracias, señora, muy amable...! Bueno, sólo es cuestión de pensar un poco, y de que los consultantes estén realmente dispuestos a poner su mejor voluntad... Me alegro mucho, de veras... Muy amable, señora. Bien, quisiera...

—Muchas gracias... ¿Sargento Mackey? ¿Qué tal, cómo está?

—Me alegro mucho. Bueno, sargento, ha ocurrido algo que...

* * *

Hacia las once de la noche, el sargento Mackey, de Homicidios, aparecía en el despacho consultorio de Buster Craven, que le abrió la puerta y señaló hacia el fondo.

—Estaremos mejor en mi despacho —murmuró Buster.

Cerró la puerta, y fue en pos del policía, que ocupó un sillón, encendió un cigarrillo y se quedó mirando a Buster cuando éste se sentó tras su mesa. James Mackey era de mediana estatura, también mediana, edad, aspecto corriente, casi anodino, pero de mirada directa y escrutadora.

—Desde luego —asintió—, ha muerto estrangulada. ¿Usted puede demostrar que, a las seis y media o siete, estaba lejos del apartamento de esa actriz, señor Craven?

—Sí... Sí, desde luego.

—Estupendo, porque la mataron entre las seis y media y las siete. ¿Dónde estaba usted y con quién? —Alzó una mano—. Espere... Quiero que entienda que personalmente creo todo lo que me contó cuando nos reunimos antes de que usted viniese a esperarme aquí, referente a cómo había entrado y lo que había visto. Pero profesionalmente...

—Sí, le entiendo, sargento. Pero no hay problema; entre las seis y media y las siete estuve con una tal señorita Warrens, en mi apartamento. No... —sonrió—. Nada de eso. ¿Dispone usted de tiempo para escuchar la historia completa?

—Naturalmente. Yo no llevo el caso, ya que no estaba de servicio, pero me entiendo muy bien con el teniente Gillis, que ha quedado a cargo de la investigación. Y por hacerle un favor a usted, señor Craven, lo mantendremos al margen de esto..., mientras sea posible.

—Lo comprendo. Y se lo agradezco, sargento. No quisiera que mi nombre fuese mencionado en este asunto, pues sería fatal para mi consultorio. Bien entendido —se apresuró a añadir— que si es inevitable, aceptaré lo que usted diga.

—Estupendo. Le escucho, señor Warrens.

Buster explicó todo lo ocurrido desde que los dos sujetos entraron en su consultorio. Cuando terminó, el sargento Mackey

quedó pensativo, asintió con la cabeza y señaló el teléfono, a cuyo gesto respondió Buster asintiendo también con la cabeza.

Mackey llamó al departamento.

—Soy el sargento Mackey. Pasen aviso al coche del teniente Gillis de que debe localizar a tres personas lo más pronto posible. Sus nombres son: Stella Jones, Walter Turner y Loretta Warrens. Sus direcciones respectivas... Un momento —miró a Buster, que estaba escribiendo rápidamente en una cuartilla, que le tendió—. Loretta Turner vive en el 88 de San Benito Street, Long Beach. Stella Jones, en el 1510 de Sunshine Road... Stella Jones indicará la dirección de Walter Turner.

—Bien. Es urgente.

Colgó, volvió a sentarse y se quedó mirando a Buster fijamente.

—Supongo que usted no me permitiría husmear en la ficha y las grabaciones de Lucy Temple, señor Craven.

—Mientras se pueda evitar, no.

—Entiendo. Respecto a ese muchacho joven, el último marido de la Temple..., ¿lo conoce usted?

—Personalmente, no. Sé que se llama Ronald Temple, y que hace unos tres meses se divorció de Lucy, si bien ella ha seguido utilizando ese nombre. Estaba loca por él.

—¿No tiene idea de su paradero?

—En absoluto. ¿Es sospechoso?

—Claro que sí. Lo tendremos que buscar, también. Respecto a esos dos hombres que le golpearon, es de esperar que usted los reconocería si los viese, ya fuese en persona o en fotografías.

—No es fácil que se me olviden sus caras —gruñó Buster.

—En ese caso, si le parece bien, podríamos ir muy discretamente al Departamento, donde pondremos nuestro archivo a su disposición, para que lo vaya examinando. Mientras tanto, buscarán a los amigos de usted y daremos orden para que sea localizado Ronald Temple. Todo muy discretamente, mientras sea posible, señor Craven.

—Me parece bien. Y le agradezco mucho su ayuda, sargento.

—Le cobraré unos buenos honorarios por ella.

—Eso sería lo justo —masculló Buster.

Hacia las doce, llegaron Stella Jones y Walter Turner al Departamento, acompañados por el teniente Gillis, que había recogido primero a Stella, y luego a Turner, cuya dirección había facilitado la secretaria.

—Pero... ¿qué es lo que pasa? —exclamó Stella—. ¿Por qué todo esto, Buster? Si no querías avisar a la policía...

—Han estrangulado a Lucy Temple, Stella —musitó Buster.

Stella Jones palideció. Walter Turner se mordió los labios. El teniente Gillis, un tipo alto y bien plantado, un poco calvo, de mirada reposada e inteligente, iba mirando de uno a otro, en silencio. No había dado explicación alguna a la pareja; simplemente, les había dicho que el señor Craven los necesitaba.

—¡Dios mío! —gimió por fin Stella—. Pero... no comprendo... ¿Qué tienes tú que ver...? —Lanzó una exclamación, y sus ojos se abrieron mucho—. ¿Te acusan a ti de eso?

—No, no, tranquilízate. Lo que siento con todo esto, es molestar a otras personas, pero...

—Qué tontería —refunfuñó Turner—. Por nuestra parte, nos alegramos de habernos retirado pronto, pues así nos han localizado en seguida. Vamos, Buster, déjate de majaderías y dinos qué pasa.

El teniente Gillis y el sargento Mackey estuvieron presentes durante la explicación de Buster a Stella y su novio. Y cuando terminó, Stella se volvió hacia Gillis.

—Todo lo que ha dicho Buster es cierto. ¿Por qué tiene que estar él aquí?

—Calma, Stella —pidió Buster—. Estoy aquí porque vamos a buscar en los archivos las carotas de aquellos dos sujetos.

—¡Buena idea! —exclamó Turner—. ¡Stella podría ayudarte, ya que ella también los vio!

—No, no —rechazó Craven—. Sólo se trata de confirmar mis palabras, Walt. Vamos a esperar a la señorita Warrens, y cuando ella diga hasta qué hora estuvimos juntos, os podréis marchar todos, y yo me ocuparé de esto. Sobre todo —se adelantó a las protestas de su secretaria—, porque si me paso la noche aquí, y mañana decido quedarme en la camita, quiero que tú estés en el consultorio para atenderlo.

—Bien... Creo que tienes razón, sí.

—No hay que preocuparse —insistió Buster—. La policía está

buscando ya a Ronald Temple, el marido de Lucy, y creo que por ahí obtendrán buenos resultados.

—En realidad —deslizó Mackey—, lo único sorprendente en esto es que, precisamente esta tarde, Lucy Temple enviara a dos sujetos a golpearle, señor Craven.

—¿Usted cree que yo he ido a vengarme de ella, estrangulándola? —Lo miró Buster.

—Yo, francamente, no. Sólo digo que es bastante casual.

El consejero matrimonial reflexionó unos segundos, y tuvo que admitir:

—Sí que es casual, desde luego.

—A lo mejor —sugirió Stella—, esos mismos hombres fueron los que estrangularon a Lucy Temple.

—¿Por qué motivo? —se interesó el teniente Gillis.

—Pues... No sé. Debieron ir a verla, y decidieron robarle sus joyas, o algo... No sé. Se me ha ocurrido. Pero quizá haya sido el marido, ¿verdad?

—Puede haber sido cualquiera —asintió amablemente Gillis.

—¡Menos Buster! —Respingó Stella.

—Claro —sonrió Gillis—. De todos modos... Perdonen un momento.

En el cuarto donde estaban reunidos había entrado un hombre de paisano, que hizo una seña a Gillis. Éste salió, y regresó apenas quince segundos más tarde. Se quedó mirando a Buster.

—En el 88 de San Benito Street, Long Beach, no vive ninguna señorita Warrens, señor Craven.

—¿Cómo qué no? —Respingó Buster.

—No.

—Pero ella me dijo... ¡Maldita sea, debió darme una dirección falsa!

—¿Por qué haría una cosa así?

—¡Y yo qué sé! ¡Pero le aseguro que esa chica existe, y que estuvo conmigo hasta las nueve menos cuarto, más o menos! Cenamos en mi apartamento, me llevó en su coche...

—Sabemos que existe, pues de otro modo su secretaria se habría sorprendido cuando usted mencionó a Loretta Warrens —asintió el teniente—. Pero lo cierto es que no vive donde ella dijo.

—¡Pues hay que encontrarla!

—¿En Los Ángeles? —Alzó las cejas Gillis—. ¿Sin más datos que un nombre que también puede ser falso, y una descripción que puede corresponder a un par de millones de chicas bonitas?

—Pueden buscar en el 80 de San Benito Street. Allá viven sus amigos, los Smith... ¡Soy un idiota! ¡Ni siquiera yo me creí en ningún momento su historia, sobre los Smith! Pero creía que ella era la interesada en recibir el consejo, y claro que no se me ocurrió pensar nada extraordinario: una chica que iba a pedir consejo simulando que era para una amiga. Es corriente.

—Sí, supongo que sí —admitió Gillis—. Nos interesaremos en el 80 de San Benito Street por los Smith, pero dudo mucho que consigamos nada.

—De modo —murmuró Buster— que no tengo... coartada para la hora en que estrangularon a Lucy Temple.

—No —sonrió suavemente Gillis—; no la tiene, señor Craven.

—Está bien. ¿Puedo empezar ya a mirar sus libretos de fotografías?

—Será lo mejor.

—¿Estoy detenido?

Gillis abrió la boca, pero el sargento Mackey le presionó en un brazo y, sin soltarlo, se lo llevó hacia un rincón. Estuvieron cuchicheando allí durante unos minutos. Luego, regresaron.

—No está detenido, señor Craven, Pero hasta que encontremos, a la señorita Warrens, o consigamos alguna pista decisiva, le voy a rogar que no abandone la ciudad.

—Entiendo.

—¡Pues yo no! —exclamó Stella—. ¡No tienen por qué...!

—Oye, hacedme un favor, ¿quieres? —Gruñó Buster—. Tú y tu lindo y simpático novio, largaos a descansar, y ocupaos de vuestros asuntos.

CAPÍTULO IV

A las ocho de la mañana, James Mackey sacudió amablemente por un hombro a Buster Craven.

—Señor Craven... ¡Señor Craven!

Éste alzó la cabeza, se quedó mirando el libro de fotografías del archivo sobre el cual se había quedado dormido, y luego respingó, intentando ponerse en pie. Pero Mackey se lo impidió, presionando en su hombro. Acercó una silla, y se sentó junto a él.

—Me he dormido como un idiota...

—A partir de ahora, podré presumir de que sé cómo duermen los idiotas —sonrió Mackey, dejando tres o cuatro periódicos sobre las fotografías, y señalándolos—. Tengo un par de buenas noticias para usted.

Buster miró los periódicos, y de nuevo al policía.

—¿Han encontrado al asesino? —exclamó.

—No. —Mackey le ofreció un cigarrillo—. Pero por ahora; he conseguido que no se le mencione a usted en los periódicos.

—Ésa es una buena noticia, en efecto. Gracias, sargento. ¿Cuál es la otra buena noticia?

—Hemos localizado a Ronald Temple.

—¡Estupendo! Bueno... No sé por qué me parece estupendo. Si no ha sido él, eso no me soluciona nada, ¿verdad?

—No.

—¿Seguro que no ha sido él?

—Es muy difícil estrangular a una persona desde mil quinientas millas de distancia, ¿no cree?

—¿Mil quinientas...? ¿Qué quiere decir?

—Ronald Temple está en Acapulco.

—¡Demonios!

—Sí. Se fue allá hace un par de semanas, con una señora que tiene poderosas influencias en el mundo del cine. Conseguimos esa información hacia la una. Nos pusimos en contacto con la policía mexicana, y hace un par de horas nos aseguraron que Ronald Temple está allí, con una dama. Naturalmente, han hecho las averiguaciones necesarias para tener la seguridad de que el muchacho no ha hecho un viaje relámpago a Los Ángeles. Eso está descartado.

—A reina muerta, reina puesta —murmuró Buster—. ¿Qué clase de dama?

—¡Oh, bastante mayorcita! Más que Lucy Temple, desde luego. ¿Usted entiende eso?

—Sí. Ronald Temple se cansó de amar a la ex estrella sin conseguir, a cambio, un buen lanzamiento. Eso era lo que él esperaba, y como finalmente comprendió que ella no podría lanzarlo, la dejó. Y se ha buscado otra que quizá sí pueda lanzarlo.

—No hay nada en la vida como ser guapo. —Mackey hizo un gesto de asco—. Bueno, ahí tiene los periódicos, por si quiere echarles un vistazo. Se dice que la policía recibió una llamada anónima, y que gracias a ella fue descubierto el cadáver, cuando apenas hacía dos horas que habían sucedido los hechos. ¿Quiere café?

—No. ¿A Loretta Warrens no la han encontrado?

—Lo siento. ¿Y usted? ¿Ha encontrado la foto de alguno de aquellos tipos?

—No. Me quedan un par de libros, sin embargo. Los miraré ahora mismo.

—Le traeré café —insistió Mackey.

—Bueno —se resignó Buster.

El sargento salió del cuarto, y Buster echó un vistazo a los periódicos. Salía la fotografía de Lucy Temple, desde luego; pero, en efecto, no se mencionaba el nombre de Buster Craven para nada. Del mal, el menos, pensó el consejero matrimonial. Mackey llegó con el café, se sentó a su lado, y permaneció en silencio hasta que Buster cerró el último libro.

—¿Nada?

—Nada.

—Eso quiere decir que tenemos a dos nuevos angelitos haciendo

de las suyas por Los Ángeles. En fin, ya caerán... Esa clase de gente no son demasiado listos, y acaban metiendo la pata hasta el cuello.

—¿Cree que han podido matarla ellos?

—No.

—¿Por qué no? —Se amoscó Buster.

—No robaron nada, no revolvieron nada... En el apartamento de la Temple había dinero, desde luego. No demasiado, pero era una cantidad interesante. También había joyas. Además, ¿por qué habrían de matarla? En todo caso, lo habrían matado a usted, para evitar que en alguna ocasión pudiera denunciarlos. Pero si no lo mataron a usted, ¿por qué a ella? No. Quien la mató fue allá a eso. Luego, se marchó, sin más complicaciones.

—¿Y Loretta Warrens?

—Bueno... Si ella estuvo con usted, no pudo hacerlo, ¿verdad? —sonrió de nuevo Mackey.

—Quiero decir que... Mire, esa chica era muy extraña, sargento. Jamás nos habíamos visto antes, y luego estuvo tratándome como si fuese el amor de su vida, o poco menos. Era tan agradable que hasta me tenía fastidiado.

—Hombre, señor Craven...

—Quiero decir, que no tenía motivo alguno para ser amable conmigo. Pero me esperó en la calle, me llevó a casa en su coche, me preparó la cena, estuvo conversando simpáticamente... ¿Por qué demonios tenía que hacer todo eso con un desconocido?

—Si le interpreto bien, señor Craven, usted está sugiriendo que la señorita Warrens quizá estuvo... entreteniéndole a usted, mientras algún cómplice estrangulaba a Lucy Temple. Y si le retenía y luego no aparecía para confirmar que estuvo usted acompañado a la hora del crimen, era para que las sospechas recayesen sobre usted.

—¿No?

—Podría ser. Pero esa chica debe ser tonta, entonces. ¿Le pareció a usted tonta?

—Todo lo contrario. Por eso pienso que...

—No, señor Craven. Si no es tonta, no tenía por qué presentarse, en su consultorio, con lo que su secretaria la vio, y podría identificarla en un momento dado. Cuando menos, ya asegura su existencia, y eso crea la duda en la policía, ¿no le parece? Si esa

muchacha hubiese querido retenerle en su apartamento mientras se cometía el crimen, no habría ido antes a su consultorio. Se habría presentado en su apartamento directamente, tras asegurarse de que usted estaba solo.

—Si no fuese porque Stella también vio a la señorita Warrens, hasta yo dudaría de la existencia de ella.

—Yo no dudo —protestó Mackey—. Pero hay que encontrarla.

—Mientras tanto, yo sigo siendo el único sospechoso.

—Sí. Realmente, francamente, sí.

—Pero ¿puedo marcharme a mi apartamento a dormir un montón de horas seguidas?

—Desde luego.

—Gracias, sargento... Y hasta la vista.

—Le llamaré si sabemos algo.

—Gracias de nuevo.

Veinte minutos más tarde, Buster Craven se apeaba de un taxi delante del edificio donde tenía su apartamento. Pagó la carrera, entró en el portal, fue al ascensor, se metió dentro, y se volvió con la expresión más amable que pudo conseguir hacia las dos personas cuyas pisadas apresuradas acababa de oír detrás suyo.

Primero quedó atónito.

Luego, palideció.

Finalmente, exclamó:

—¡Oh, no!

Uno de los elefantes le puso la mano en el pecho, y lo empujó hacia el fondo de la cabina, sonriendo cariñosamente, mientras el otro cerraba el ascensor, para mirarlo seguidamente, sonriente también.

—¿Piso? —preguntó.

—Cuarto —masculló Buster.

—¿Y qué...? —preguntó el otro—. ¿Cómo va la vida, señor Craven?

—Muy mal.

—¡Caramba! ¿Has oído esto, Ralph?

—Sí. Parece que el señor Craven no es un hombre afortunado. Oye, Spencer, pregúntale por qué no lleva los lentes, ahora.

—Señor Craven —obedeció, dócilmente, el otro—, ¿por qué no lleva usted puestos los lentes?

—Porque son un puro camelo —refunfuñó Buster—. Sólo los llevo en el despacho, porque dan un aspecto más intelectual, más importante: Pero los cristales no tienen graduación... Tengo una vista de lince. Menos en este ojo —se señaló la hinchazón—, desde que ayer me entró una pezuña de elefante.

—Señor Craven. —Spencer le dio un amistoso manotazo en la espalda—, usted y nosotros nos vamos a entender muy bien, ya verá. Los tipos con sentido del humor nos encantan. ¿Verdad, Ralph?

—Vaya que sí. Bueno, cuarto piso.

Salieron los tres y, segundos después, entraban en el apartamento del consejero matrimonial. Llegaron al salón, y los dos elefantes miraron, aprobadoramente, alrededor.

—Carambolas, ¡qué buen gusto tiene usted, señor Craven! Me gusta el lugar. ¿Y a ti, Ralph?

—También —asintió éste, sonriendo—. Apuesto a que el señor Craven se trae, de vez en cuando, aquí, a una linda mastuerza para pasar el rato.

—Cierto —admitió Buster—. Anoche mismo estuvo aquí una chica conmigo: Loretta.

—¡Ah, Loretta! ¡Mira qué bien! ¿Y qué...? ¿La tal Loretta es generosa?

—Ustedes lo deben saber mejor que yo, ya que es amiga suya —lanzó el dardo, a ciegas, Buster.

—¿Amiga nuestra? Oye, Ralph, ¿tú conoces a alguna Loretta?

—Sí. Loretta Young.

—Hombre, ésa no es una mastuerza. Es una dama, una gran actriz y, además, me cae bien de verdad. ¿Se refiere usted a ésa, señor Craven?

—No —gruñó éste—... Me refiero a Loretta Warrens.

—Warrens, Warrens, Warrens... Pues no. No caigo. ¿Y tú, Ralph?

—No. Sólo conozco a la Young. Que por cierto está ya bastante viejecita. ¿O murió?

—No seas bestia, Ralph.

—Perdona, Spencer. Tienes razón; aquí el único bestia es el señor Craven. ¿A que sí, señor Craven?

—¿Van a zumbarme otra vez? —Respingó Buster.

—No, hombre. Eso son tonterías... ¡Pero si lo de ayer fue más bien una broma! ¿Verdad, Ralph?

—Sí. Yo creo que lo que el señor Craven se merece actualmente es una buena estrangulación. Porque a usted le gusta eso de estrangular, ¿verdad, señor Craven?

Y diciendo esto, el elefante Ralph sacó un periódico del bolsillo de su chaqueta y lo incrustó en el pecho de Buster con tal fuerza que éste quedó sentado en el sofá.

—¿De qué están hablando? —jadeó.

Spencer asió un sillón con dos dedos, y lo colocó delante de Buster, sentándose. Ralph se sentó en el sofá, subiéndose cuidadosamente los pantalones, para no estropear la raya; agarró el periódico, lo desdobló y lo colocó ante los ojos de Buster.

—Puesto que tiene una vista de lince, seguramente sabe usted lo que es esto, señor Craven. ¿Lo ve bien?

—Sí... Sí.

—Describalo, por favor.

—Es... una fotografía de Lucy Temple. Bueno, la fotografía de cómo fue encontrada en su apartamento por la policía... Quiero decir que esta fotografía la debió tomar algún periodista..., supongo.

—Coeficiente mental comprobado. Fíjese bien, señor Craven: aquí dice que la policía está haciendo investigaciones bien encaminadas. ¿Usted lo cree?

—Sí, claro.

—Pues nosotros, no. Nosotros creemos que, como ocurre con harta frecuencia, la policía está navegando en un plato de sopa de tortuga. En cambio, nosotros somos más afortunados: conocemos al asesino.

Buster Craven miró de uno a otro elefante. Estuvo a punto de decir algo así: «Claro que lo conocen, pues fueron ustedes». Pero examinando bien aquellas facciones, y aquellos ojos que ahora le miraban con expresión fría y dura, las disquisiciones mentales del consejero matrimonial comenzaron a tomar un derrotero bien diferente. Cuando, por fin, comprendió lo que estaban pensando Spencer y Ralph, se estremeció.

—¿Yo? —musitó.

—Usted, señor Craven.

—¿Están locos? —Quiso ponerse en pie—. ¡Yo no...!

Una mano enorme se posó en su pecho, y lo empujó con fuerza incontenible.

—No se ponga nervioso; señor Craven —aconsejó Spencer—. No va a ganar nada con ello. Le voy a decir cuál es nuestro programa del día: le vamos a dar a usted tal paliza, que lo de ayer lo recordará usted como caricias de muchacha sumisa y tiernísima. Luego, lo recogeremos con una escoba y una pala, o quizá con la aspiradora si los trozos son muy pequeños, y se lo llevaremos empaquetado a la policía... ¿Verdad, Ralph?

—Sí, sí —asintió éste—. No estamos bromeando, señor Craven. Mire, es que a nosotros los asesinos no nos gustan nada, nada, nada... Lo que se dice NADA, vamos. Y cuando la víctima es una mujer indefensa, notamos como un nudo aquí... ¿Verdad, Spencer?

—Verdad absoluta, Ralph.

—Escuchen... Escuchen un momento, por favor. Se están equivocando. Vamos a hablar, y les...

—No, no, no, señor Craven. Lo de hablar, se lo vamos a dejar para la policía, si es que son capaces de recomponer su linda figura de tío elegante. Nosotros no somos muy habladores, por lo general, preferimos la acción.

El enorme puño de Spencer se hundió en el respaldo del sofá, haciéndolo crujir, mientras Buster, que vio llegar el golpe, se lanzaba hacia delante, saltando del sofá y rodando por la alfombra. Se puso en pie rápidamente, demudado el rostro, y se volvió hacia los dos elefantes, que lo miraban con grandísima curiosidad. Spencer tenía el puño todavía incrustado en el respaldo del sofá.

Lo retiró, se lo miró y movió la cabeza.

—¿Qué te parece...? ¡Será gorrino este tío, que casi me hace partir en dos el sofá!

—Hombre —disculpó Ralph—; como es suyo...

—¡Ah!, es cierto. Pero también es suya la cara, y vamos a rompérsela. Lástima, porque es muy guapo... ¡Qué malos somos, Ralph!

—Sí —dijo secamente Ralph—; muy malos, Spencer.

—Sólo les pido que me escuchen un minuto —suplicó Buster—. ¡Por favor, sólo un minuto, y luego...!

Ralph se adelantó, y lanzó un puñetazo que silbó en el aire

cuando Buster retrocedió precipitadamente, quedando sentado en la mesita de centro, en la que quiso apoyarse... Su mano derecha notó una cosa dura, fina y fría: uno de sus hermosos ceniceros de buen cristal, sólidos y pesados como, una roca. Cerró los dedos en torno al objeto.

Spencer estaba a menos de dos metros, blandiendo los puños, apretados los labios, duro el gesto. Ralph estaba todavía más cerca, quizá a metro y medio, y por su movimiento Buster comprendió que se disponía a golpear de nuevo.

No vaciló más.

Lanzó el cenicero hacia la cabeza de Ralph, con una puntería admirable..., aunque quizá no tanto, considerando la escasa distancia que lo separaba de su objetivo. La cabeza de Ralph sonó con un ruido seco cuando el cenicero rebotó en su frente; Ralph lanzó un grito, se llevó las manos a la cabeza y cayó hacia atrás.

Mientras tanto, Spencer había apretado más los labios y los puños, y cargó con potencia verdaderamente paquidérmica contra Buster Craven, que respingó, se apartó y consiguió así esquivar la acometida. Spencer cayó de bruces sobre la mesita, hundiéndola como si hubiese sido de galleta, aplastándola contra el suelo. Se revolvió rápidamente quedando sentado... y recibió en plena barbilla el puntapié propinado por Buster, que lo tiró, ahora, de espaldas sobre los restos de la mesita.

Ante el sofá, Ralph comenzaba a ponerse en pie, todavía con las manos en la frente; por entre sus dedos se deslizaba la sangre, que miró estupefacto... Y así estaba, mirando la sangre, cuando Buster se acercó a él y le hundió el puño derecho en el estómago.

Ralph soltó un bufido, cayó sentado en el sofá con tanta fuerza que rebotó, y acabó de bruces en el suelo. Junto a él, Buster Craven se inclinó, recogió el cenicero y miró a Spencer, que se estaba incorporando, tocándose la barbilla...

¡Bssss...!, silbó el cenicero, cortando el aire hacia Spencer.

Bom, sonó blandamente en su estómago. Spencer dejó de tocarse la barbilla para llevarse las manos al estómago, mientras su boca se desencajaba y sus ojos se desorbitaban.

Buster corrió hacia él, ya ciego de rabia, y le descargó un derechazo en la mandíbula que hizo crujir su codo y su hombro. También la cara de Spencer crujió, y éste cayó sentado. Buster se

inclinó para recoger de nuevo el cenicero..., y recibió en pleno rostro el patadón propinado por Spencer, con la suela del zapato. Con el cenicero en las manos, Buster rodó hacia atrás, viendo las estrellas..., y fue a chocar con Ralph, que le puso una de sus manazas en la cabeza, asiéndole por los cabellos.

—La paliza que... —empezó a jaldear.

¡CLOC!, chascó el cenicero en lo alto de su cabeza. Ralph puso los ojos en blanco, soltó a Buster y cayó hacia atrás como muerto.

Justo en el momento en que Buster se ponía en pie, Spencer llegaba a trompicones ante él, y se disponía a golpear. Buster Craven hizo lo único que se le ocurrió: al mismo tiempo que golpeaba a Spencer en la cabeza con el cenicero, subía su rodilla derecha, hundiéndola con gran precisión entre las ingles de Spencer. Se oyó, a la vez, el clic de la cabeza del elefante, su berrido de dolor y el resoplido de Buster Craven.

Luego, el golpe del fornido cuerpo de Spencer contra el suelo.

La guerra había terminado.

Buster Craven quedó en pie en el centro del salón, con el cenicero todavía en la mano, las piernas dobladas con las rodillas hacia dentro, y una expresión de incredulidad en su rostro.

—Mi... madre... —jadeó—. ¡Mi madre!

Una idea luminosa acudió a su mente: tenía que marcharse de allí a toda prisa, antes de que aquellos dos colosos despertasen y decidiesen tomar represalias contra él y su cenicero. Sí, señor, lo que urgía era largarse de allí... ¡volando!

Tiró el cenicero sobre un sillón, y comenzó a caminar hacia la puerta. Debía tener las piernas de trapo, eso era. Se le movían y se doblaban como si las rodillas se estuviesen derritiendo.

Riiiiinnngggg, oyó el timbre de la puerta.

Se quedó mirando hacia allá, por el pasillo, con ojos desorbitados. Pero se calmó en seguida: ¿acaso podía sucederle algo peor que enfrentarse a Spencer y Ralph?

Como un barquito de papel en la corriente de un arroyo, el consejero matrimonial recorrió el pasillo, llegó ante la puerta y abrió.

—¡Señor Craven! —exclamó el sargento Mackey—. ¿Qué le ha pasado?

Pero Buster Craven ni siquiera había oído a Mackey. Su mirada

estaba fija en Loretta Warrens, que se hallaba junto al policía, mirándole asustada, como petrificada.

—La enfermera... —jadeó Buster—. ¡Justo lo que andaba buscando! Ahí dentro hay dos tipos que..., que a lo mejor están ya muertos, con la cabeza rota...

Ahora era Mackey quien no le escuchaba a él, pues lo había apartado y corría hacia el interior del apartamento, mientras Loretta Warrens se apresuraba a sostener a Buster, abrazándolo por la cintura.

—Agárrese a mí, señor Craven... —exclamó—. ¡Le ayudaré a caminar!

—A partir de ahora... la... la llamaré Muleta... Se pasa todo el tiempo ayudándome a caminar...

Loretta se pasó un brazo de Buster por los hombros, y fueron hacia el salón. La muchacha ayudó a Buster a sentarse en un sillón, y tras examinarlo con rapidez profesional, corrió junto a Mackey, que estaba arrodillado junto a Ralph.

—Los dos están vivos —dijo el policía—. Pero habrá que llevarlos rápidamente al hospital, supongo. Sería conveniente que hiciera usted algo por ellos mientras tanto, señorita Warrens.

—Haré lo que pueda. Pídale unas vendas al señor Craven...

—Esto no es un hospital... —Gruñó Buster, que todavía estaba lívido—. Aquí no hay vendas.

—Pues traiga una sábana —pidió la muchacha.

Mackey corrió hacia el dormitorio, de donde regresó con una sábana, que desdobló ante Loretta. Ésta comenzó a rasgarla, bajo la alucinada mirada de Buster Craven, que ahora, cuando todo había terminado, estaba «viendo en su mente la película del combate».

—Mi madre... —gimió—. ¡No sé qué habrían hecho conmigo si no llega a ser por el cenicero!

Loretta le miró, pero no dijo nada. Mackey estaba ya telefoneando, pidiendo una ambulancia. Luego, fue a sentarse en el sofá, cerca del sillón ocupado por Buster.

—¿Qué ha pasado?

—Querían hacerme picadillo... ¡Vinieron aquí a darme una paliza antes de llevarme a la policía!

—¿A la policía? —se sorprendió Mackey.

—No sé si ha comprendido usted que estos tipos... son los

elefantes que me pisotearon ayer, sargento.

—Lo he intuido —asintió Mackey—. Dígame exactamente qué ha sucedido, señor Craven..., si es que está en condiciones.

—Claro que sí, porque esta vez me ha tocado a mí zurrarles a ellos. ¡Mi cenicero! ¿Dónde está mi cenicero? ¿Dónde...? —Metió las manos detrás, y sacó el cenicero de debajo de él—. ¡Aquí está! ¡Nunca más volveré a llenarlo de colillas, nunca!

—Según parece, se ha ganado un honroso retiro —sonrió el policía—. Bueno, ¿qué ha pasado?

—Pues cuando llegué...

Cuando Buster terminó el breve relato, Loretta había vendado profusamente las cabezas de Spencer y Ralph; el primero seguía sin conocimiento, muy pálido; Ralph permanecía inmóvil, no menos pálido, pero recuperado, mirando a Mackey y Buster como podía.

—Uno de ellos tiene conmoción... —dijo Loretta—. Pero no creo que pase nada definitivo. El otro está bastante bien, dentro de lo que cabe.

Muy lejana, se oía una sirena. Mackey fue a acucillarse junto a Ralph, que lo miró y cerró los ojos.

—¿Puede contestarme a unas preguntas? —inquirió el policía.

—Sí, señor —susurró Ralph.

—Bien. Ustedes golpearon ayer al señor Craven, de parte de Lucy Temple. ¿Por qué?

—Ella nos lo pidió. Dijo..., dijo que el señor Craven la estaba molestando, y que le gustaría darle una lección. Nosotros admirábamos, hacía tiempo a Lucy. No es que fuésemos muy amigos, ya que ella..., ella siempre estuvo muy arriba para nosotros, pero la admirábamos, y ella siempre nos había tratado bien... Spencer y yo trabajamos en el cine, de figurantes. La fuimos a ver hace unos días, para ver si sabía de algo interesante para nosotros, y dijo que nos buscaría algo bueno. Entonces..., entonces habló del señor Craven, y dijo que se merecía una buena paliza...

—Y ustedes se mostraron complacientes con su admirada Lucy.

—Sí, señor... Así fue, sí.

Y esta mañana, al leer que Lucy Temple había sido asesinada, localizaron el domicilio privado del señor Craven, y vinieron a darle otra paliza, y luego a entregar sus restos a la policía, porque creían que él había estrangulado a Lucy Temple.

—Sí... Sí.

—Eso parece indicar que ustedes dos no tuvieron nada que ver con el asesinato de Lucy Temple, ¿verdad?

Los ojos de Ralph se abrieron muchísimo.

—¿Nosotros? ¿Quiere decir... que Spencer y yo podemos ser sospechosos de haber matado a Lucy Temple?

—¿No?

—En mi vida he oído disparate semejante —jadeó Ralph—. Y si estuviese en condiciones, le partía a usted la cara ahora mismo, por muy policía que sea..., señor.

—Por suerte para usted, no está en condiciones. Dígame una cosa: ¿en qué estaba molestando el señor Craven a Lucy Temple? ¿Se lo dijo ella a ustedes?

—No.

—¿Simplemente dijo que él la estaba molestando?

—Sí. Bueno, entendimos que el señor Craven era un tipo pesado y grosero, que la estaba fastidiando desde que el marido de ella la dejó. Y nos pareció... que era un feo comportamiento por parte del señor Craven, y que un par de tortas serían suficientes para hacerle reflexionar sobre la inconveniencia de seguir molestando a Lucy.

—Bueno. Más adelante volveremos a hablar. De momento, los van a llevar a un hospital.

—¿Y luego?

—Depende de lo que decida el señor Craven; si los denuncia por agresión y allanamiento de morada, se procederá en consecuencia.

—Ya entiendo. ¿Eso quiere decir que él no mató a Lucy?

—No. No la mató.

Ralph parpadeó, y se quedó silencioso, con la mirada fija en el techo. No era tonto del todo; había hablado, muy suavemente, pero no se había movido. Sabía perfectamente que no estaba en condiciones de hacerlo. Mirando la expresión perpleja de sus ojos, James Mackey comprendió que aquel nombre se estaba haciendo la misma pregunta que él: ¿quién había estrangulado a Lucy Temple?

CAPÍTULO V

Cuando se hubieron llevado a Ralph y Spencer en la ambulancia, quedaron solos en el apartamento Buster, Loretta Warrens y el sargento Mackey. El primero miró al último.

—Bueno —murmuró—; ellos no fueron, ¿verdad?

—Yo diría que no —negó Mackey.

—¿Y ella? —Buster señaló con la barbilla a Loretta—. ¿De dónde la ha sacado?

—La señorita Warrens se presentó en el Departamento preguntando por el teniente Gillis, esto es, con quien llevaba la investigación del caso. Estuvo hablando con Gillis, y éste me llamó... Adivine qué fue a decirle la señorita Warrens al teniente, señor Craven.

—No soy tan listo.

—Le dijo que ella conocía al asesino de Lucy Temple. La acusación no era formal, y, aunque, personalmente lamentaba tener que hablar, su sentido de la justicia la impulsaba a tener que hacerlo...

—No me diga más —se asomó Buster—. ¿La señorita Warrens fue a poner al teniente Gillis sobre mi pista?

—Así es. Dijo que le había dejado a usted cerca del domicilio de la víctima, y, sabiendo lo que había pasado en su consultorio, pensó que quizá usted se había dejado llevar por la ira. Estaba muy apenada por tener que declarar todo esto, señor Craven.

—El sentido ciudadano de la señorita Warrens es admirable —masculó Buster.

—Debe estarle agradecido —sonrió Mackey, siempre amable—. Cuando le dijimos a la señorita Warrens que el asesinato se había cometido entre las seis y media y las siete, dio unos grititos de

alegría y dijo que, en tal caso, usted no había sido, porque estaba tomando un baño caliente.

—Pues lo siento por ustedes, sargento, porque ahora ni siquiera me tienen a mí como sospechoso.

—Es verdad —admitió Mackey—. Pero yo estaba pensando en algo que quizá podría ayudarnos. Si no recuerdo mal sus explicaciones, usted entró en el apartamento de Lucy Temple utilizando la llave que ella tenía siempre en el tiesto del pasillo. ¿Fue así?

—En efecto.

—¿Quién más conocía la existencia de esa llave?

—Santo cielo... ¡Todo el mundo!

—¿Cómo, todo el mundo?

—Quiero decir que muchísima gente. Hombres, desde luego. Amigos de ella... Ya sabe.

—Sí, sí. Bueno, señor Craven, hemos comprobado que, efectivamente, usted utilizó esa llave. Ahora bien, si...

—¿Lo han comprobado? ¿De qué modo?

—Obtuvimos de ella sus huellas dactilares. Las comparamos con las del vaso de *whisky* que se sirvió, y coincidieron. Eso va en favor de usted.

—¡Ah!

—El hecho de que usted tuviera que utilizar esa llave indica, al menos teóricamente, que en efecto estuvo llamando a la puerta, y que Lucy Temple no le abrió por la sencilla razón de que ya estaba muerta cuando usted llegó.

—Podía haberme abierto ella, ¿no? Y luego, yo...

—No. —Mackey era en verdad sonriente—. No, ella no le abrió. A lo mejor, le habría abierto si hubiese estado en pantaloncitos y sujetadores nada más. Incluso, admitiendo la opinión que usted tiene sobre ella, pudo ir a abrir completamente desnuda. En ambos casos, se define bien la... personalidad de Lucy Temple. Pero una mujer, como ella no iría a abrir la puerta con la faja-pantalón, visible. Desnuda lo admito. Con aquella prenda, no.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que quien la mató entró utilizando la llave que tomó del tiesto del pasillo. Abrió la puerta sigilosamente, llegó al dormitorio, la sorprendió, y antes de que ella pudiese tan siquiera

gritar, le echó las manos al cuello y la estranguló.

—¿Y no fui yo?

—No, señor Craven. En realidad, ya estábamos seguros de eso antes de que la señorita Warrens se presentase en el Departamento.

—¿Estaban seguros? ¿Por qué?

—Porque en esa llave, mejor dicho, en ese llavín, solamente estaban las huellas de usted.

Buster Craven estuvo unos segundos pensativo. Luego, murmuró:

—Usted quiere decir que el asesino volvió a dejar el llavín en el tiesto después de limpiarlo a conciencia.

—Sí. Es lo mismo que podía haber hecho usted, con toda facilidad, en lugar de andar dejando sus huellas por todas partes. Pero no lo hizo y, además, me llamó a mí...

—Puede ser un truco de un tío listo como yo.

—Los tíos listos —deslizó Mackey— no harían lo que hizo usted, después de estrangular a una mujer. Harían lo que hicieron: utilizar solamente el llavín, sin tocar nada más, y luego dejarlo en su sitio y marcharse. Lo demás, es complicarse la vida estúpidamente. ¿Es usted un estúpido?

—No, señor.

—Enhorabuena. Volvamos a lo mismo: ¿quiénes conocían la existencia de ese llavín? Nombres, señor Craven.

—Lo siento, sargento. Sé que eran muchos hombres, pero Lucy Temple no mencionó nombre alguno durante sus consultas. Hablaba de un modo repugnante, describía escenas, visitas, cosas... Pero nada de nombres. Sólo puedo decirle uno: Ronald Temple.

—Está en Acapulco.

—Pudo contratar a alguien para que matara a Lucy.

—¿Por qué? Estaban divorciados, seguramente ya ni se acuerda de ella, y cuando lea la noticia en los periódicos se encogerá de hombros y seguirá haciéndole la rosca a su nueva promotora. Además, señor Craven, eso de contratar a un asesino no es tan fácil como la gente cree. No es fácil, ni barato, ni discreto. No... Quien lo hizo obró directamente, por su cuenta, por motivos presumiblemente personales.

—Siento no poder ayudarle.

James Mackey permaneció pensativo durante casi dos minutos, fumando.

—En realidad —murmuró de pronto—, lo más sorprendente de este caso es la coincidencia de los hechos. Me refiero a los de su paliza a manos de esos dos hombres y la posterior muerte de Lucy Temple. Es como si alguien hubiese preparado las cosas para acusarle a usted.

—Bueno, pero le han salido mal, ¿no es cierto?

Mackey se dedicó a terminar el cigarrillo, de nuevo, en silencio. Mostrando la colilla en alto, miró interrogante a Buster, que apretó el cenicero de cristal contra su pecho.

—Por ahí hay otros. Éste está jubilado, recuerde.

El sargento localizó otro cenicero, de cerámica, y aplastó la colilla en su interior.

—¿Cuáles son sus planes para hoy, señor Craven?

—¡Dormir! Pienso dormir por lo menos cuatro o cinco horas. Luego, iré a mi consultorio, por si hubiese algo urgente que atender.

—¿Urgente?

—A veces, vienen personas diciendo que es de vital importancia que les resuelva su, problema inmediatamente.

—¡Ah, sí! —Mackey enrojeció levemente—. Bueno, no puedo pasarme la mañana aquí. Ya nos veremos... Adiós, señorita Warrens. Y gracias por su ayuda. ¡Oh, perdón! ¿La llevo a alguna parte, o se queda usted aquí?

—Me quedo aquí.

Mackey saludó con la mano, y salió del salón. Luego, oyeron la puerta del apartamento al cerrarse. Loretta comenzó a mirarse las puntas de los zapatos, y Buster miró hacia el techo.

—Hace un hermoso día —dijo, de pronto, Loretta.

—¡Váyase a la porra! —Gruñó Buster.

—¿Por qué es tan grosero?

—De modo que fue a denunciarme, ¿eh? Mucho mimito aquí, y en cuanto lee el periódico corre a decir que soy un asesino. ¡A la porra!

—¿Y qué quería? ¿Que hubiese sido realmente un asesino y yo no hubiese avisado a la policía?

—Me voy a dormir —se puso en pie Buster—. ¡Y deje de servirme de muleta! Puedo caminar yo solo.

—¿A qué hora le llamo?

—¿Acaso no tiene otra cosa que hacer que cuidar de

mamarrachos como yo?

—No. Ése es mi trabajo. He pedido unos días de permiso.

—Oiga, ¿de verdad quiere hacerme, un favor?

—Claro que sí, señor Craven.

—Bueno... —Buster sacó sus llaves del bolsillo, y se las tiró a las manos—. Ahí tiene usted la llave del apartamento, y las del coche. Se va a mi consultorio, le dice a Stella que todo va bien, y que esta tarde iré por allí un rato. Luego, ella le dirá cuál es mi coche. Me lo trae usted aquí, lo deja en la calle delante del edificio, lo más cerca posible, sube aquí, me deja las llaves en ese sillón y se larga a felicitar a Mary por el éxito de nuestro plan. ¿O no ha dado resultado?

—¡Oh, no sé...! En cuanto vi el periódico esta mañana, salí corriendo de casa, así que no la he visto. ¿Puedo utilizar su teléfono para llamarla?

—No faltaría más. Pero supongo que no la va a llamar al 80 de San Benito Street, en Long Beach. A lo mejor, Mary no vive allí.

—Lo siento —sonrió Loretta—. Ya le dije que no quería que Mary constase en ninguna parte. Y claro que no se llama así.

Buster Craven refunfuñó algo por lo bajo, se dirigió con aceptable dignidad de movimientos al dormitorio, y se dejó caer sobre la cama tal como estaba. A los pocos segundos, comenzó a sonreír como un niño. ¡Qué bien se estaba allí!

—¿Peggy? —Oyó muy muy lejos—. Soy Loretta. ¿Cómo fue lo de anoche?

—¿De veras? ¡Cuánto me alegro! ¿Qué dijo Mike?

—¿No dijo nada? ¡Ah, sí... entiendo...! ¿De veras? ¡Pero eso es formidable! ¿Y qué más?

La carcajada de Loretta, Warrens llegó tan de lejos como si la muchacha estuviese en la Luna.

—¡Está bien, está bien, me lo contarás personalmente! ¿No te decía yo que eras una tonta? Cuando un hombre...

* * *

Buster Craven suspiró profundamente, alzó los brazos, puso una mano en la nuca de la hermosa rubia y la otra en la espalda. Entonces la obligó a inclinarse más sobre él, y la besó en los labios. La rubia correspondió estupendamente. Tenía una boquita fresca y

tierna, deliciosa, y le estaba devolviendo el beso con verdadero entusiasmo...

¡Qué sueño tan estupendo!

Abrió los ojos, de pronto. Primero, realmente, no vio nada. Sólo una gran mancha clara. Luego, vio un ojo cerrado. Un ojo grande, de largas pestañas, a pocos centímetros de los suyos. Después, vio los cabellos rubios que caían suavemente sobre su rostro. Movi6 la mano que en su sueño estaba sobre la cabeza de la rubia, y not6 los finos cabellos como si todo fuese realidad. Movi6 la otra mano, y a trav6s de la tela percibi6 la tierna elasticidad de la carne... Entonces, Loretta Warrens se irgui6, sonri6 dulcemente y dijo:

—Son m6s de las seis y media, se1or Craven.

El consejero matrimonial se qued6 con las manos hacia arriba, estupefacto. Estuvo as6 unos segundos. Luego, las baj6, se rasc6 la cabeza y por 6ltimo mir6 su reloj. Entonces lleg6 su reacci6n: se sent6 en la cama de un salto, lanz6 un alarido de dolor llev6ndose las manos al est6mago, y luego se qued6 mirando con expresi6n desorbitada a Loretta.

—¡Son las seis y media! —aull6.

—Menos algunos minutos. No he querido despertarlo antes... La cena estar6 a las siete.

—Las seis y media —gimi6 Buster—. ¡Le dije a Stella que ir6 por...!

—Yo la llam6, ella dijo que no hab6a nada urgente y por lo tanto no val6a la pena molestarlo. A las cinco y veinte, vino por aqu6, lo vio dormido y se fue, tranquilizada. Dijo que si ten6a algo que preguntarle respecto al trabajo del d6a, hoy no iba a salir de casa. Su novio vino con ella. Quer6an quedarse, pero les convenc6 de que estar6an mejor solos —acab6 sonriendo.

—Oiga, ¿est6 usted dirigiendo mi vida?

—¿Qu6 tendr6a de malo?

Buster se qued6 mirando torvamente a la muchacha. Una vez m6s, lo hizo de arriba abajo, completando el examen en sentido inverso, esto es, de abajo arriba. Luego se rasc6 la barbilla. Despu6s entorn6 los ojos. Abri6 la boca, la cerr6, levant6 un dedo, lo baj6, volvi6 a abrir y a cerrar la boca, se rasc6 la cabeza y pregunt6:

—¿Qu6 demonios ha hecho para cenar?

—Sopa de langosta, carne asada rociada con vino de Alsacia,

pastel de manzana y café. Hay vino, también.

Buster se quedó con la boca abierta.

—¿Yo tenía todo eso aquí?

—Lo fui a comprar.

—¿Y usted sabe cocinar todo eso?

—Pues... Bueno, ¿para qué mentirle? —sonrió, encantadoramente—; lo compré ya hecho.

—¡Ah!

—¿Quiere un martini con hielo y una aceituna?

—No hay martini en mi apart... ¿O sí hay? —Gruñó.

—Claro que hay. ¿Le ayudo a caminar?

Buster la miró de nuevo torvamente.

—Escuche, la paliza fue ayer, y yo no soy ningún alfeñique. No podría jugar un partido de tenis, pero, por lo demás, las cosas marchan bien. ¿Me comprende?

—Iré a calentar la sopa.

Buster Craven quedó solo en el dormitorio, como pasmado. Sacudió la cabeza, reaccionando, y se dirigió al salón. Se sentó en el sofá, y se quedó mirando las dos copas con martini que había delante, sobre una de las sillas de la cocina.

—Caracoles —reflexionó—, ¡qué chica tan eficiente! Y a propósito...

Se puso en pie y fue hacia la cocina. Entró, se colocó detrás de Loretta, olió de lejos la sopa y cuando ella volvió la cabeza, sonriendo, le preguntó:

—Oye, ¿verdad que me estabas besando mientras dormía?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Vaya una pregunta más tonta! —exclamó Loretta.

Buster Craven frunció el ceño. Permaneció allí unos segundos, muy pensativo. De pronto, salió de la cocina, volvió a sentarse en el sofá, y se quedó reflexionando. Al poco salió Loretta, se sentó junto a él y alargó una mano hacia los martinis... Buster Craven se la agarró, y la desvió de tal modo que Loretta quedó apoyada de pecho contra el suyo, alzada la cabeza, mirándole fijamente...

—Tienes razón —dijo el consejero matrimonial—; ha sido la pregunta más tonta que he hecho en mi vida.

Loretta cerró los ojos. Y Buster Craven se dijo que, sueño o

realidad, la oferta que palpitaba en los sonrosados labios le interesaba.

Así que la aceptó.

* * *

—¿Has cenado bien? —preguntó Loretta.

—Vaya...

—¿Te ha gustado besarme?

—¡Vayaaa...!

—¿Voy a buscar el café, o seguimos: así?

Era cosa de pensárselo bien. Estaban sentados juntos en el sofá, ella inclinada hacia él, que le pasaba un brazo por los hombros. Por su parte, ella se abrazaba a su cintura, y descansaba la cabeza en su pecho, de tal modo que cuando él quería besarla sólo tenía que bajar su cabeza y asunto concluido. Sí, era cosa de pensarlo muy bien. Tan bien, que Buster Craven se concedió mucho tiempo. Tanto, que diez minutos más tarde, cuando su pequeño reloj de pared dio las ocho y media, aún no había contestado.

Pero, al mismo tiempo qué sonaba el reloj, sonaba el teléfono.

—Yo contestaré —dijo Loretta, poniéndose en pie rápidamente; descolgó el auricular—. ¿Diga? ¿Diga? ¡Diga!

—¿Qué pasa? —masculló Buster.

—No contestan. —Loretta colgó el auricular y encogió los hombros—. Voy a por el café.

Diez minutos más tarde, cuando lo estaban terminando, volvió a sonar el teléfono. Loretta atendió de nuevo la llamada.

—¿Diga? ¡Diga! ¡DIGA!

Clic, oyó claramente el sonido del otro teléfono al ser colgado. Se volvió hacia Buster, que terminó de encender dos cigarrillos y le tendió uno, diciendo:

—Debe ser algún bromista.

El teléfono volvió a sonar quince minutos más tarde. Loretta inició el gesto de ponerse en pie, pero Buster la retuvo, poniéndole una mano en una rodilla.

—Yo contestaré.

—Debe ser el mismo bromista de antes.

Buster descolgó el auricular.

—¿Diga?

—¿...?

—Sí... Sí, soy yo. ¿Qué desea? —Loretta había corrido junto a él, y se colocó de modo que también podía oír al otro—. ¿Quién es?

—Soy Robert Somerville, señor Craven. ¿Me recuerda? —Oían ambos la voz del hombre.

—¿Somerville...? ¡Ah, por supuesto, señor Somerville, sí! Encantado de Oírle. ¿Cómo le va?

—Es usted un cínico, señor Craven. ¡Y un puerco asqueroso! ¡Es el tipo más despreciable que jamás...!

—Señor Somerville, señor Somerville, por favor... Un momento —pidió Buster—. ¿Se refiere a mí? ¿Se está usted dirigiendo a Buster Craven, consejero matrimonial? Yo creo...

—¡Usted no es más que un cerdo, Craven! Así que no quiero perder más tiempo conversando con usted. Le espero ahora mismo en mi casa para solucionar el asunto de una vez por todas.

—¿Qué as...?

Clic, colgó el auricular el señor Somerville. Buster estuvo unos segundos con la boca todavía abierta. Luego, la cerró y depositó el auricular en el soporte.

—¿Por qué te ha llamado cerdo? —musitó Loretta.

—Pues no sé... Bueno, es uno de mis clientes; claro, pero estoy seguro de que resolví su problema. —¿Estás seguro de qué era él?

Buster se pasó una mano por la boca. ¿El era un cerdo? ¿Por qué? La actitud de Robert Somerville, tan bruscamente agresiva, era muy parecida a la de Lucy Temple... ¿Por qué era él un cerdo? Colocó el listín telefónico sobre un sillón y buscó en aquél el nombre del señor Somerville... Allá estaba: Robert Somerville; 1844 Sunset Boulevard, Beverly Hills. Sí, exactamente, ahora recordaba que habían hecho algún comentario festivo sobre el hecho de vivir en Beverly Hills... Retuvo el número en la memoria, volvió ante el teléfono, y lo marcó. No tenía ningún inconveniente en visitar a los Somerville, y, si era posible, ayudarles de nuevo. Pero quería estar seguro de que el señor Somerville le había estado llamando puerco y cerdo...

El teléfono estaba sonando, pero nadie contestaba. Colgó, descolgó otra vez y volvió a marcar cuidadosamente, tras mirar de nuevo el número en el listín. Seguro que había marcado bien. Pero el teléfono del señor Somerville sonaba, sonaba, sonaba...

Pulsó la horquilla, y marcó otro número. Aquí contestaron poco menos que en el acto.

—¿...?

—Stella, soy yo. ¿Recuerdas...? Sí, mujer, estoy bien. ¿Estás con Walter?

—Salúdale de mi parte... Sí, sí, la señorita Warrens está aquí. ¿Qué? Sí hemos... Oye, ¿quieres escucharme de una maldita vez?

—No me enfado. —Gruñó Buster—. Pero hay algo más importante ahora que cambiar finezas e información amorosa. Veamos, ¿recuerdas al señor Somervelle? Robert Somervelle, el que...

—Exacto. Ese mismo. Bueno, acababa de llamarme a mi apartamento para decirme que soy un puerco asqueroso y un cerdo, que me esperaba en su casa para solucionar el asunto de una vez...

—¿...?

—¡Y yo qué sé qué asunto! Le he estado llamando, para asegurarme de que era él quien ha hablado conmigo, pero su teléfono no contesta. Así que he pensado que quizá tenga un número privado, o que el hombre tiene otra casa y cree que yo la conozco... ¿Tú sabes algo de eso?

—Está bien, déjalo. No, no... Simplemente, voy a ir allá. Hasta mañana.

Colgó y se volvió hacia Loretta, abriendo los brazos, como exponiéndose.

—Si te arreglas la corbata, estás bien así —sonrió ella—. Naturalmente, voy contigo.

—Bueno.

Un minuto más tarde, estaban en la calle. Loretta señaló hacia donde había dejado el coche de Buster, y fueron hacia allá. La muchacha tendió las llaves a Buster, pero diciendo:

—¿Quieres que conduzca yo?

—No, no. Estoy bien, de veras.

Tomó las llaves. Llegaron junto al coche, y Buster abrió la portezuela derecha, que cerró cuando Loretta se hubo acomodado. Pasó al otro lado, abrió aquella puerta, se sentó ante el volante, metió la llave en la ranura del contacto y soltó un refunfuño, saliendo acto seguido del coche. Había visto el capó levantado un par de dedos, como si no hubiese quedado bien enganchado en el

cierre. Lo apretó con ambas manos, se dispuso a sentarse de nuevo ante el volante... y volvió a mirar el capó, que de nuevo se había alzado dos dedos. Volvió a apretar, y esta vez esperó, hasta oír el chasquido que indicaba que el cierre se había enganchado.

No oyó nada.

Volvió a apretar, con el mismo resultado. Cada vez, el capó volvía a alzarse un par de dedos. Explicación lógica: el cierre se había estropeado. Refunfuñando de nuevo, alzó completamente el capó, para examinar el cierre, pero no había suficiente luz; metió la cabeza dentro del coche.

—Hay una linterna en el salpicadero, Loretta. ¿Quieres dármela, por favor?

Loretta encontró en seguida la linterna, la tomó y se la tendió, inclinándose hacia él.

—¿Te ayudo en algo?

—No, estaré en seguida..., después de besarte, claro.

Lo hizo. Y con tal entusiasmo que, cuando se recobró, estaba sentado de nuevo ante el volante, abrazándola.

Salió del coche, encendió la linterna y dirigió el haz de luz hacia el cierre. Sí, estaba... Se quedó pasmado contemplando la abolladura en el borde del chasis. Acto seguido, aquello le sugirió que alguien había forzado el tapó con una palanqueta.

Un instante más tarde, vio el paquete. Sí, parecía un paquete de velas...

Respingó con tal fuerza, que la linterna saltó de su mano. Demudado, se asomó de nuevo al interior del coche.

—¡Sal! —gritó—. ¡Sal de ahí, Loretta, corre!

—¿Qué...?

—¡SAL DEL COCHE!

Lo rodeó corriendo por la parte de atrás, llegó a tiempo de asir a Loretta de una mano, y tiró de ella, alejándose a toda prisa.

—Buster, ¿qué pasa? —exclamó Loretta.

CAPÍTULO VI

El sargento Mackey y el teniente Gillis se acercaron a los dos, que parecían sendas estatuas junto al portal del edificio. Gillis mostró el paquete de «velas», con sus correspondientes mechas, por supuesto, que se unían a una mayor, a la cual iba unido un pequeño artefacto.

—Cartuchos de dinamita —dijo—. Señor Craven, si usted hubiese dado el contacto, a estas horas los dos estarían convertidos en carne picada.

—Dios mío —gimió Loretta, estremeciéndose.

—Esto ya es algo más que una paliza —murmuró Mackey—. ¿Se le ocurre quién puede haber colocado esto, señor Craven?

—¡Demonios! —jadeó Buster—, ¡claro que no! Oigan..., ¿no podrían poner eso en lugar seguro?

—No se preocupe —movió la cabeza Gillis—; lo hemos desconectado del detonador, y además precisaría la chispa del encendido para explotar. Es un buen paquete, señor Craven. Y debería usted forzar un poco su memoria; por fuerza tiene que haber alguien que desearía verlo muerto. Alguno de sus pacientes, quizá.

—Escuche, teniente, por lo general mis pacientes me llaman a los pocos días para darme las gracias.

—¿También lo hizo así Lucy Temple?

—No, ella no, porque su marido no volvió. Ya se lo advertí, de modo que no podía culparme de un consejo equivocado. Cuando no hay remedio, lo digo. En cuanto a mis pacientes, como usted los llama, todos están contentos. Bueno...

—¿Sí?

—Pues verá usted... Precisamente, Loretta y yo íbamos a ver a uno de mis clientes, que por teléfono me había dicho que yo era un

cerdo y un puerco asqueroso.

—Eso parece indicar que con él no tuvo gran éxito, ¿no le parece? —sonrió a medias Gillis.

—Tuve éxito —gruñó Buster—. Como todos, a los pocos días me llamó para decirme que todo iba bien, y me dio las gracias. Así que no entiendo lo que pasa. Por eso, iba a ver al señor Somervelle a su casa.

—¡Ah, iban ustedes allí, sí! ¿Le esperaba el señor Somervelle?

—Claro. El fue quien me dijo que me esperaba, para arreglar el asunto de una vez, o algo así.

—¿Qué asunto? ¿El de su consulta?

—No lo sé. Supongo que no, porque eso ya estaba arreglado, según parecía. Le estuve llamando...

—Espere un momento, —le interrumpió Mackey—; ¿fue el señor Somervelle quien le citó a usted, dice?

—Sí, sí, claro. Pero le llamé en seguida, para pedirle explicaciones por lo de cerdo y puerco, y su teléfono no contestaba.

—¿Está seguro de que era el propio señor Somervelle?

—Sí.

—Pues parece que ha sido él quien ha querido matarlo, señor Craven.

—¡Oh, vamos, sargento...!

—¿A qué se dedica el señor Somervelle?

—Es un ricacho. Creo que tiene una fábrica de productos químicos, o algo así. Vive en Beverly Hills.

—Le diré cómo veo yo las cosas, señor Craven; el señor Somervelle vino aquí, colocó la carga de cartuchos en su coche y luego fue a un teléfono público, desde el cual le, llamó, citándole a usted en su casa. De éste, modo, se aseguraba de que usted iba a utilizar el coche. Y si no contestó cuando usted lo llamó a su casa, fue porque no estaba allí.

—¿Dónde estaba?

—Por aquí cerca, esperando verlo a usted saltar en pedazos.

Loretta se llevó las manos a la boca. Buster le pasó un brazo por los hombros, y musitó:

—Eso es una barbaridad, sargento.

—Yo no estoy de acuerdo con usted —dijo Gillis—, sino con James. Me pregunto qué habrá hecho el señor Somervelle al ver que

su trampa no ha funcionado, pero vamos a ir a preguntárselo ahora, mismo.

—Pero... ustedes pueden estar equivocados, teniente.

—Entonces, le pediremos disculpas al señor Somerville. ¿Dónde vive? Ya sé, en Beverly Hills, pero ¿dónde, de Beverly Hills?

* * *

No era, desde luego, una de esas mansiones impresionantes de los triunfadores del mundo del cine, pero de todos modos la villa del señor Somerville no estaba nada mal.

La entrada estaba protegida por unas verjas, que encontraron abiertas, así que, Buster delante y los policías detrás en su coche, condujeron por el sendero flanqueado por árboles y arbustos, hacia la casa. Una hermosa casa, blanca, con un gran pórtico que sostenían cuatro columnas. La luz del pórtico estaba encendida. Y ninguna más en toda la casa.

—Pues no es tan tarde... —Miró Gillis su reloj, cuando se reunieron ante la puerta—. Sólo son las diez y veinte.

—Parece que no hay nadie —dijo Mackey.

Volvió a pulsar el timbre, pero el silencio persistió, hasta que Buster comentó:

—Debería haber, al menos, algún criado. No se vive en una casa así sin tener servicio, supongo.

Mackey volvió a llamar. El resultado fue el mismo.

—Parece que usted tenía razón —murmuró Buster—. El señor Somerville debía estar por allí cerca, y todavía no ha vuelto. Bueno, suponiendo que ésa barbaridad pueda ser cierta.

Gillis se volvió hacia el detective que conducía su coche, y que esperaba en el borde del pórtico.

—Monroe, vaya a echar un vistazo al garaje, a ver si el coche está allí.

—Seguramente, tienen varios coches —dijo Buster.

—Monroe sabrá cuál de ellos ha sido utilizado recientemente. Aunque sería absurdo que el señor Somerville hubiese vuelto aquí y se negase a abrirnos. Y además está su esposa, ¿no? Porque supongo que si fue a consultarle a usted, es porque está casado.

—Claro. Fueron los dos a mi consultorio. A veces viene uno solo de los cónyuges, pero siempre prefiero enfrentarlos, salvo que el

problema sea tan delicado que uno de los esposos prefiera utilizarme como puente.

Gillis le dirigió una mirada divertida.

—Curiosa profesión la suya, señor Craven.

—Gano todo el dinero que quiero y, además, soy útil a mis semejantes. Si se concediesen condecoraciones por evitar divorcios, yo tendría una maleta llena, teniente.

—Admirable en verdad. ¿Y siempre tiene éxito?

—Hasta ahora, sí, salvo un par de casos tan ásperos que no era posible hacer nada.

—¿El de los señores Somervelle era uno de esos casos?

—No. Era muy delicado, desde luego, pero no imposible de resolver.

—Y entiendo que lo resolvió usted.

—Eso me dijo el propio señor Somervelle algunos días después de haber venido él y su esposa a consultarme.

Gillis asintió, y quedó silencioso. Mackey se había acercado a una de las grandes ventanas que daban al pórtico, y tras colocar las manos sobre el cristal como pantalla, se dedicó a mirar hacia el interior de la casa. Pero muy pronto regresó junto a los demás, moviendo negativamente la cabeza.

—No se ve nada. Ni una luz. Es evidente qué no hay...

—¡Teniente! —Llegó la voz del detective Monroe.

Se volvieron los cuatro hacia el garaje, que era un edificio mucho más pequeño, también pintado de blanco, situado a unos veinte metros a la izquierda de la casa. La luz del pórtico y el difuso resplandor de Sunset Boulevard les permitió ver al policía en la puerta, haciendo señas con un brazo.

Sin decir palabra, los dos policías echaron a correr hacia allí. Buster y Loretta se miraron, y acto seguido partieron en pos de los policías. Cuando llegaron al garaje, la luz de éste ya había sido encendida, y dentro pudieron ver dos coches. Gillis y Mackey estaban junto al más pequeño, mirando hacia el asiento delantero, inclinados.

—Será mejor que la señorita no entre —dijo Monroe.

—Quédate aquí —musitó Buster.

Entró él, fue a colocarse junto a Mackey y Gillis, y miró lo que ellos estaban contemplando, como petrificados.

—¡Por Dios! —exclamó, palideciendo.

Pese a la sangre, identificó inmediatamente a los Somervelle. Los dos estaban ladeados hacia la portezuela derecha. Robert Somervelle ocupaba el asiento del volante, pero caía de lado sobre su esposa, que parecía querer abrir la portezuela empujando con un hombro. Ambos tenían los ojos abiertos, pero, ciertamente, ya no podían ver nada de este mundo. El señor Somervelle tenía manchas de sangre en el lado izquierdo de la cabeza, y debajo de la oreja de este lado. La señora Somervelle había recibido un balazo en el centro de la mejilla izquierda, y dos en el cuello, que se lo habían destrozado...

Gillis se irguió, lentamente, y se volvió hacia la puerta.

—Monroe —dijo con voz tensa—; llama a la Morgue.

—Sí, señor.

—Pero antes, que venga un equipo nuestro.

—Sí, señor, claro... ¡Ahora mismo!

Monroe desapareció. Mackey también se irguió, y señaló la ventanilla, cuyo cristal estaba subido. Gillis la miró, frunció un instante el ceño y asintió con la cabeza.

—¿Qué pasa? —murmuró Buster.

—Los estaban esperando aquí —dijo Mackey.

—¿Cómo lo sabe?

—No es tan difícil. Primero, porque ni siquiera les dieron tiempo a salir del, coche. Pero, además, quien hizo esto tenía prisa, y, ciertamente, no es persona de nervios bien templados. ¿Sabe cómo lo hizo, señor Craven?

—Claro que no.

—Esperó a que el coche se detuviese, se acercó a la portezuela, la abrió y comenzó a disparar. De un modo desordenado, sin... experiencia, si me permite decirlo así. Apostaría a qué disparó todo el cargador. Les ametralló, vamos. Vea el cristal del otro lado; está roto, triturado. Una o varias balas dieron en él. Las demás, mataron a estas personas.

—Usted está insistiendo en que todo esto no lo está haciendo un asesino profesional contratado. ¿Es eso? —Exactamente.

—Vamos a entrar en la casa —dijo Gillis—. Aunque no creo que sirva de nada, ya que el asesino esperó aquí, y luego debió marcharse a toda prisa, lógicamente.

—Debió entrar a pie —reflexionó Mackey—. Dejó su coche por ahí fuera, entró a pie y esperó.

—Quizá encontremos huellas en el jardín —encogió los hombros Gillis, no muy convencido—. Desde luego, no creo que haya ninguna del asesino, en el coche.

—Pero si abrió la puerta... —empezó Buster.

—No puede ser tan tonto que no sepa ponerse unos guantes, señor Craven —rechazó Mackey—. Eso aparte de que es muy fácil borrar con un pañuelo las huellas que pudiera haber dejado en la manilla.

* * *

El teniente Gillis se sentó en un sillón, delante del sofá que ocupaban Buster y Loretta, en el salón de la villa de los Somerville, que ahora estaba completamente iluminada. Habían llegado dos coches patrulla, el equipo de Huellas, la Morgue, el forense... En el jardín se habían instalado unos focos, con el fin de poder buscar las posibles huellas del intruso entre los arbustos, y en el sendero.

Todos trabajaban, excepto Buster y Loretta, que permanecían inmóviles y silenciosos en el sofá.

Se quedaron mirando expectantes a Gillis, cuya sonrisa con pretensiones amables fue, en realidad, tan sólo un movimiento de labios.

—Han encontrado algo en el jardín —dijo.

—¿Algún objeto?

—No, no. Huellas; Huellas de un pie descalzo. Es decir, suponemos que cubierto solamente por el calcetín. Quiero decir que no son huellas de zapatos, sino de pies.

—Sí, entiendo. ¿Servirá eso de algo?

—Quizá. Con toda seguridad, en varias de esas huellas encontraremos algunas hebras de tejido, quizá simple pelusilla... Es tan poca cosa que, la verdad, no creo que obtengamos nada por ese lado. Pero hay que aprovecharlo todo, señor Craven.

—¿Y la puerta del coche?

—No. Ahí, nada. Ya lo suponíamos, claro. ¿Usted había estado antes en esta casa, señor Craven?

—No, señor, nunca.

—¿Y usted, señorita Warrens?

—¿Yo? —Se pasmó Loretta—. ¡Claro que no!, Ni siquiera conocía la existencia de los señores Somerville.

—¿Por qué pregunta eso? —Frunció el ceño completamente Buster, aprovechando que su ojo y ceja ya no estaban tan inflamados.

—Naturalmente, ustedes estaban juntos a las nueve y media.

—Sí. ¿Por qué?

—Aproximadamente a esa hora mataron a los señores Somerville, según el forense.

—¿Qué trata usted de decir, teniente?

—Cuando mataron a Lucy Temple, ustedes estaban juntos. Cuando han matado a los Somerville, ustedes estaban juntos. Supongo que es una coincidencia. Y también es una coincidencia que antes, quiero decir antes de morir, esas tres personas hayan querido perjudicarle a usted, señor Craven.

—Comprendo su postura —murmuró Buster—. Pero le aseguro que no tengo la menor idea de lo que está pasando. Además, no podemos estar seguros de que fuese el señor Somerville quien quisiera matarme con aquellos cartuchos de dinamita.

—Sí. Estamos ya seguros, señor Craven. Nuestros expertos en huellas han obtenido las que había en los cartuchos de dinamita, que yo llevaba en mi coche, ¿recuerda? Lo han hecho ahora mismo, sobre la marcha, y, a falta de comprobación definitiva, que no dudamos será positiva, las huellas encontradas en los cartuchos de dinamita son las del señor Somerville.

—O sea, que él no usó guantes.

—Vamos, vamos, señor Craven... —sonrió más espontáneamente el policía—. ¿Para qué molestarse en eso, teniendo en cuenta que esos cartuchos iban a desaparecer convertidos en humo?

—Sí... Claro.

—Tenemos, entonces, que Lucy Temple envió a dos hombres a darle a usted una paliza. Muy poco después, Lucy Temple moría estrangulada..., mientras usted estaba con la señorita Warrens. Tenemos luego al señor Somerville, que sale con su esposa, coloca unos cartuchos de dinamita en su coche, lo llama por teléfono para incitarle a que usted utilice su coche, y seguramente se quedan ambos esperando verlo convertido en papilla; como esto, afortunadamente para usted, no sucede, ellos regresan a casa, donde

son asesinados..., mientras usted estaba con la señorita Warrens.

—Teniente...

—Espere, por favor. Considerando fríamente las cosas, no se puede decir que con estas tres muertes se haya perdido mucho. Por un lado, Lucy Temple era una drogadicta, aparte de otras cosas que entran en el terreno del vicio refinado; y además, era una persona capaz de enviar a dos amigos a perjudicar a otra persona. Francamente, no me voy a rasgar las vestiduras por la muerte de Lucy Temple. Tampoco por la de los señores Somervelle, que son capaces de ir a colocar un paquete de cartuchos de dinamita en el coche de usted, y de quedarse para ver lo que pasa. Ahora, señor Craven, reflexione: ¿tiene algún otro... paciente capaz de hacer algo parecido contra usted?

—¿Cómo quiere usted que yo sepa eso? —masculló Buster.

—Sí, es difícil saber eso, claro. Pero quizá sea ése el camino para llegar a alguna conclusión. Por lo tanto, sería interesante que usted reflexionase sobre esto. Y ahora, otra cosa: ¿usted y la señorita Warrens no se conocían de antes? Quiero decir, de antes de que ella le visitase ayer en su consultorio.

—Claro que no —masculló Buster—. ¿Qué está tratando de decir ahora?

—Señor Craven, ¿usted no se da cuenta de lo realmente extraño que es este asunto?

—Sí... Francamente, sí.

—Entonces, no debe usted molestarse porque el sargento y yo queramos solucionarlo. No sólo para detener al asesino o asesinos, sino para evitar, si es posible, que a usted, finalmente, lo maten.

—Se lo agradezco. Pero usted está hablando como si sospechase de mí y de Loretta.

—Más que sospechar, me tienen fastidiado tantas coincidencias —refunfuñó Gillis—. Cuando las... Perdone.

Gillis se puso en pie, y se acercó al detective que le había hecho señas desde la puerta del salón. Lo escuchó, asintió con la cabeza, y el detective salió del salón. A los pocos segundos, regresó, acompañado por un hombre y una mujer de edad mediana, que estaban muy pálidos, y miraban a todos lados con expresión estupefacta. Gillis se presentó, muy amable, habló un poco y señaló hacia el sofá. Los recién llegados fueron a sentarse allí, junto a

Buster y Loretta. Buster miró interrogante a Gillis, que explicó:

—Son los criados de los Somervelle. El es mayordomo, y chófer cuando hace falta. Ella es su esposa, y atiende la cocina y la casa... Perdón —miró al hombre—; ha dicho usted Shankle, ¿verdad?

—Sí —murmuró el hombre.

—Bien, señor Shankle, ya le han dicho lo que ha ocurrido aquí durante su ausencia. Ahora, me gustaría escuchar qué es lo que dicen usted y su esposa.

—¿Nosotros? —Se sobresaltó Shankle.

Gillis miró su reloj.

—Son las doce y diez. ¿No deberían estar ustedes en la casa a estas horas? Quiero decir que si trabajan aquí...

—Hemos ido al teatro —tragó saliva Shankle—. Y al salir nos fuimos a tomar una copa. Lo hacemos cada semana, señor.

—¡Ah! ¿Hoy es su día libre? Su noche libre, se entiende.

—Sí, señor.

—¿A qué hora se fueron de la casa?

—A las seis y media. Fuimos a cenar por ahí, luego al teatro y después a tomar una copa.

—¿Siempre hacen lo mismo?

—Más, o menos, sí. Somos personas poco complicadas.

—Les felicito. La vida sencilla proporciona muchos más placeres de lo que creen algunos chiflados.

Normalmente, ¿qué hacían los señores Somervelle cuando ustedes salían por la noche?

—A veces salían ellos también, y otras veces se quedaban en casa escuchando música o viendo televisión. Bueno... Eso, desde hace algunos meses. Tres o cuatro.

—¿Y antes?

—Pues...

—Ellos ya están muertos, señor Shankle. Y por supuesto, usted sabe que la policía no se dedica a ir chismorreando por ahí.

—Sí. Bueno, antes llevaban una vida un tanto... extraña y desordenada, y siempre estaban peleándose, como..., cómo si se fuesen a matar el uno al otro. Creo que la señora se enteró de algo del señor, y ella le pagó con la misma moneda.

—¿Luego todo cambió?

—Sí, señor. De pronto.

Gillis alzó las cejas, y miró a Buster, que asintió.

—Sí —musitó—. Más o menos ése es el tiempo que hace que vinieron a mi consultorio, teniente.

—Cada vez le admiro más, señor Craven. Por cierto, pueden ustedes marcharse. Mañana redactaremos su declaración sobre el paquete, y les avisaremos para que la firmen. ¿Le parece bien?

—¿No puedo hacer nada más?

—Me temo que no. Ya les hemos molestado bastante. ¿Estará usted en su apartamento?

—Sí.

—¿Y usted, señorita Warrens? ¿En el suyo?

—¿Dónde, si no? —se asombró Loretta.

—Bien... Que descansen. Mañana le informaremos de todo lo que hayamos podido saber, señor Craven.

—Es usted muy amable —murmuró Buster, poniéndose en pie, y tomando de un brazo a Loretta—. Vámonos.

Cuando salieron de la casa, se les acercó Mackey a despedirse de ellos, y estuvo allí plantado hasta que el coche salió de la villa. Cuando se volvió para proseguir su trabajo, se dio de bruces con Gillis, que estaba tras él, pensativo, mirando hacia la salida de la villa.

—¿Qué pasa? —preguntó Mackey.

—Naturalmente. —Lo miró con gran sosiego Gillis—, sigues pensando que el señor Craven es incapaz de hacer todo esto, Jim.

—¡Naturalmente! Olvídalo, Sam. Ese muchacho no haría...

—¿Y ella?

—¿Ella?

—La señorita Warrens. ¿Qué sabemos de ella?

Mackey quedó estupefacto un instante.

—Pues... no sabemos nada de ella, claro. Sólo que se presentó esta mañana en el Departamento para decir que quizá conocía al asesino de Lucy Temple.

—No es mucho, ¿verdad?

—¡Oh, vamos, Sam...!

—Me gustaría saber —reflexionó Gillis— qué es lo que en tan poco tiempo ha unido tan sólidamente al señor Craven y a la señorita Warrens.

—¡Demonios! —sonrió Mackey—. ¡No me digas que necesitas

que te expliquen eso!

CAPÍTULO VII

—Espero —dijo Loretta, extendiendo mantequilla sobre una tostada — que el teniente Gillis no me haya llamado esta noche a mi apartamento; tendría que explicarle por qué no me ha encontrado allí.

—Es una explicación muy sencilla —aseguró Buster, extendiendo mermelada de ciruela sobre su tostada con mantequilla —. ¿Quieres mermelada?

—Sí, gracias. ¿Vas a ir hoy a trabajar?

Buster Craven empujó la mermelada hacia Loretta, sentada frente a él en la mesa de la cocina de su apartamento, y se quedó mirándola, pensativo. Ella terminó de servirse mermelada, mordió la tostada y preguntó:

—¿Qué miras?

El consejero matrimonial sonrió.

—Pienso que estás preciosa con el cabello suelto, y muy graciosa con ese pijama mío. Aunque, a decir verdad, a mí no me gustan las mujeres con pijama. Las prefiero con camisita. Ya sabes: como la que receté a tu amiga Mary. No... Creó que te oí llamarla Peggy. A propósito, ¿qué te dijo?

—Me dijo qué Charlie es un hombre maravilloso —rió Loretta—. ¿De modo que te gustan las camisitas tipo *baby-doll*?

—Me encantan. Hace un hermoso día, ¿no te parece?

—Precioso —miró Loretta hacia la ventana—. Casi de verano. ¿Qué estabas pensando?

—Sobre tu pregunta de si voy a ir a trabajar hoy. Pues sí, naturalmente que voy a ir. Ya debería estar allí, puesto que son más de las diez. Pero estaba pensando que...

En aquel momento, sonó el teléfono.

—Voy yo —dijo Loretta.

Y salió, sin dar tiempo a Buster ni para abrir, la boca. Éste la estuvo oyendo conversar en el salón, mientras servía café en las dos tazas y, básicamente, se dedicaba a pensar en lo que se le había ocurrido... Cuando Loretta regresó, la miró interrogante, pero sonrió al ver la amplia sonrisa de la muchacha.

—¿Quién era?

—Tu secretaria. Me ha preguntado que qué hago yo aquí. Y se lo he dicho.

—Menos mal que no es una de esas secretarias enamorada de su jefe. ¿Qué quería?

—Saber si ibas a ir al consultorio o no, cómo te encontrabas, si venía a ayudarte en algo... Le he dicho que vas a ir, que estás estupendamente bien, y que ya te ayudo yo. Ha leído en los periódicos lo de los Somervelle, y como anoche la llamaste preguntando por Robert Somervelle...

—Sí, entiendo. Bueno, se lo explicaré todo cuando llegue al consultorio.

—¿Qué estabas pensando?

—Que quizá encuentre la solución echando una mirada en mi archivo. Es una idea muy rara que he tenido, pero quizá dé resultado. Tú vas a trabajar hoy, supongo.

—No, señor. Me gustaría estar más tiempo contigo, para conocerte más a fondo.

—¿Más aún? —exclamó Buster.

—Nunca se conoce bastante a las personas.

—Sí —reflexionó Buster Craven—. Eso es cierto, mi amor. De acuerdo, terminemos de desayunar y vamos a ver a Stella. Debe estar brincando de curiosidad.

* * *

—Es horrible —murmuró Stella—. ¡Todo esto es horrible, Buster!

—Sí —admitió éste—. Bien, eso es lo que pasó, y la policía está investigando, así que todo lo que podemos hacer es esperar. ¿Hay algo urgente que quedase pendiente ayer, Stella?

—No. Tuve que aplazar dos consultas. Las coloqué para esta tarde, a primera hora. Las del día de hoy, normal. La primera

llegará a las once y media. ¡Ah!, llamaron de la RPC. Todavía no les has enviado el guion de esta semana para el programa, Buster.

—¿No te di el borrador para que lo pasases a máquina?

—No —se desconcertó Stella—. Si me lo hubieses dado, ya estaría en la emisora de radio.

Entraron los tres en el despacho de Buster. Éste abrió un cajón, y comenzó a remover papeles; Loretta se sentó en un sillón, y encendió un cigarrillo. Stella miró de reojo, las bellas piernas de Loretta, cruzadas, y frunció el ceño...

—Aquí está, Todavía llegará a tiempo, si lo pasas en limpio ahora mismo, Stella.

—Me ocupo de ello ahora mismo.

Stella Jones tomó las cuartillas, y salió del despacho. Buster se sentó en el sillón, tras su mesa, y quedó pensativo. Loretta le miraba, en silencio, muy atenta. De pronto, él se puso en pie, y fue al archivo con los expedientes y los cassettes... Tras breve reflexión, abrió uno de los cajones metálicos, eligió una carpeta, y con ella en las manos fue a sentarse de nuevo. La abrió y comenzó a leer. Cuando terminó la lectura, alzó el cassette, y se lo quedó mirando...

—¿Has encontrado algo? —musitó Loretta.

Buster: Craven la miró, se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo. Puso en orden el expediente, fue a dejarlo en el archivo, y señaló hacia la puerta.

—¡Vámonos!

Loretta Warrens no dijo nada. Se puso, en pie, y salió del despacho, precediendo a Buster, que cerró la puerta, y se dirigió a Stella, la cual le miraba sorprendida, sentada ante la máquina de escribir.

—¿Vas a salir? —preguntó.

—Sí.

—Pero tienes una visita a las once y media... Y son las once.

Y dejando con la boca abierta a su secretaria, Buster Craven abandonó su consultorio, en compañía de Loretta.

—Pásala a mañana. Pide mil disculpas, pero de ninguna manera puedo recibirla. Hasta luego.

* * *

—Ahí llega el señor Fawcet —murmuró Buster, mirando su reloj

—. Las doce y media en punto. Por lo menos, en eso sí me ha obedecido... le dije que procurase almorzar con su esposa la mayor cantidad de días posible, y parece que lo cumple.

Sentada junto a él en el asiento delantero del coche, Loretta miraba hacia la preciosa casita residencial, cerca de San Fernando Valley. La clásica casa de gente acomodada, con un estupendo jardín de césped delante, algunos árboles y arbustos de flores, y el garaje a un lado, formando parte de la casa con el mismo tejado. No había mucha circulación allí, todo estaba muy tranquilo..., Vio salir del garaje a un hombre de algo más de cuarenta años, alto, robusto, de indumentaria clásica y sobria. No se molestó en bajar la puerta de una sola pieza del garaje. Fue hacia la puerta de la casa, la abrió y entró.

—¿Y ahora? —preguntó Loretta.

—Ahora, vamos a ir a ver a los señores Fawcet. Aunque quizá sería mejor que te quedases en el coche.

—De ninguna manera —protestó Loretta—. ¡Yo voy contigo!

Buster encogió los hombros. Salieron del coche, cruzaron la avenida y poco después Buster pulsaba el timbre. A los pocos segundos, la puerta se abrió, atraída por el señor Fawcet, en cuyo rostro había una expresión amable.

Expresión que cambió bruscamente al ver ante él a Buster Craven, al cual no le dio tiempo ni de abrir la boca.

—¿Qué demonios quiere ahora? —Gruñó.

—Buenos días, señor Fawcet. Quisiera...

—Mire —masculló el hombretón—, será mejor que se largue si no quiere que le parta la cabeza. ¡Lo menos que puede hacer es no provocarme con su presencia!

¡Blam!, resonó la puerta al, ser cerrada violentamente ante las narices de Buster y Loretta. Ésta miró a Buster, pero él se limitó a volver a pulsar el timbre. No hubo reacción. Volvió a llamar, y cuando se disponía a hacerlo todavía otra vez, la puerta se abrió. Esta vez, por mano de la señora Fawcet, una dama de alrededor de treinta y cinco años, pelirroja, con un cuerpo fantástico y unos tremendos ojos verdes, que parecieron lanzar rayos de hielo hacia Buster.

—Señora Fawcet...

—Señor Craven —cortó la tremenda pelirroja—, he salido yo

porque no quiero que mi marido haga una barbaridad. Por favor, márchese. Realmente, su presencia nos repugna.

—¿Serían tan amables de recibirme, por favor?

—Usted es un cínico —exclamó la señora Fawcet—. ¡Haga el favor de marcharse y no volver nunca más por aquí!

¡Blam!

El portazo fue tan fuerte, que el viento casi movió a Loretta y Buster.

—Yo..., yo creo que sería mejor que nos fuésemos; Buster...

Éste la miró, frunció el ceño y volvió a apretar el timbre. Esta vez, la puerta se abrió muy pronto, y apareció el señor Fawcet, sin chaqueta, y subiéndose las mangas de la camisa, mirando con perverso regocijo a Buster.

—Pase, pase, señor Craven. Ya que tanto insiste...

Buster miró los velludos y fortísimos antebrazos de Aldo Fawcet. Luego, miró a éste hoscamente a los ojos y entró en la casa. El señor Fawcet lanzó un rugido de satisfacción, alzó su puño derecho y lo echó hacia atrás...

—Señor Fawcet —dijo Buster—; ¿le gustaría que los asesinasen a usted y a su esposa?

El señor Fawcet palideció. Dentro de la casa se oyó el grito de la señora Fawcet, que apareció en el vestíbulo, tan pálida como su marido.

—¡Es usted un canalla! —gritó—. ¡Le vamos a denunciar a la policía! ¡Y si mi marido no quiere, lo haré yo...!

—Estupendo, señora Fawcet —aprobó Buster—; haga el favor de llamar a la policía y denunciarme. Se lo ruego.

—¿Se está burlando de nosotros? —jadeó Aldo Fawcet.

—No, señor. Insisto en que sean tan amables de llamar a la policía y denunciar lo que tengan contra mi. Aunque, a ser posible, antes quisiera que sostuviésemos una conversación amistosa... y en privado. Les garantizo que no se arrepentirán, señor Fawcet.

Éste entornó los ojos, y estuvo unos segundos mirando así a Buster. De pronto, señaló a Loretta.

—¿Y ella?

—Es la señorita Warrens. De toda mi confianza. Sea sensato, señor Fawcet, ¿cree que habría venido, si no fuese para arreglar las cosas?

Los Fawcet cambiaron una mirada.

—Está bien —gruñó el marido, comenzando a bajarse las mangas de la camisa—, pasen ustedes.

—Muchas gracias.

Entraron en el *living*, cuyas cortinas tamizaban muy agradablemente la luz del sol. Cerca de la puerta de la cocina estaba la mesa, ya puesta para dos.

—Siento haber venido a estas horas —dijo Buster—, pero sabía que era la mejor, aparte de la noche, para encontrarles juntos. Y no podía esperar a la noche. ¿Nos sentamos?

Fawcet señaló el sofá, donde se sentaron Buster y Loretta. La señora Fawcet se sentó en un sillón y el señor Fawcet quedó de pie a su lado, contemplando sombríamente a Buster, que sonrió mirando a la formidable pelirroja.

—Yo diría, señora Fawcet, que mis consejos les han ido bien a los dos. ¿O me equivoqué en algo?

—No... No se equivocó. Ahora vivimos tranquilos, y somos felices, señor Craven. Usted nos hizo comprender el error que cada uno sufría por su lado, y hemos sido lo bastante sensatos para aprovechar sus consejos.

—Estupendo. En ese caso, lógicamente, deberían estarme agradecidos, ¿no es así? Sin embargo, cuando el señor Fawcet me ha visto, lo primero que ha pensado ha sido en romperme la cabeza.

—Eso también es lógico, ¿no? —Gruñó Aldo Fawcet.

—Pues, señor Fawcet, puede que sea lógico para usted, pero no para mí. Pero le voy a decir por qué he venido a verles a ustedes. Anteayer una persona demostró que estaba muy disgustada conmigo enviando a dos tipos muy fuertes a darme una paliza, cosa que cumplieron a la perfección, aunque, la verdad sea dicha, no se excedieron. Ayer, otras personas colocaron en mi coche un paquete de cartuchos de dinamita que habrían explotado al dar yo el encendido del motor... En ambos casos, los causantes de ello habían sido clientes míos, y en el segundo caso, igual que ocurrió con ustedes, recibí al poco tiempo una llamada telefónica agradeciéndome mi solución a sus problemas. El caso de una consultante no tenía solución, así que no recibí llamada de agradecimiento; no había lugar, claro. Pero tampoco había para que me enviase a dos elefantes a pisotearme. ¿Verdad que no?

—Siga usted. Ya veremos cómo termina todo esto —masculó el señor Fawcet.

—Bien. Cuando he despertado esta mañana, me he puesto a pensar, en la cama. Dos clientes míos han pretendido perjudicarme seriamente. Entonces..., ¿por qué no tres, cuatro o cinco clientes? Y me he dicho: Buster, tienes que elegir entre tus clientes a alguno que pueda estar en circunstancias parecidas a los dos anteriores, es decir, que tenga o crea tener motivos para desear que te mueras. En los dos clientes anteriores, había una coincidencia: sus confidencias, hechas en mi despacho eran... digamos interesantes. Como las de ustedes. Confidencias muy especiales, referentes a problemas muy especiales —la pelirroja señora Fawcet había enrojecido tanto, que sus cabellos parecían en aquel momento más bien rubios, en comparación con el rostro—. Ustedes y otras personas más estaban en ese grupo.

—¿Y por qué nos ha elegido a nosotros para venir a hablar de esto? —preguntó Fawcet.

—A algunos tenía que elegir, y me decidí por ustedes porque los recordaba bien y tenía la opinión de que eran inteligentes en verdad. Entonces..., ¿he acertado? ¿Se llevarían ustedes una gran alegría si yo muriese?

—Sí.

—¿Por qué?

—Mire, señor Craven, nosotros no somos capaces de...

—Ustedes, no. Pero otras personas no estaban dispuestas a esperar a que un hombre tan saludable como yo muriese de viejo. Una de esas personas, de momento sólo quiso que me diesen una paliza. Las otras, me colocaron un montón de cartuchos de dinamita en el coche, con lo que queda demostrado no sólo que querían matarme, sino que eran gente de cuidado. Ahora bien, ¿por qué querían matarme?

—Usted sabe perfectamente lo que está...

—Señor Fawcet, ¿por qué?

—¿Por qué demonios habría de ser, sino por el chantaje que nos está haciendo? —farfulló Aldo Fawcet.

Loretta Warrens miró a Buster vivamente, sobresaltada, esperando, cuando menos; que Buster estuviese tan sorprendido como ella.

Y no.

No. Buster Craven, un poco pálido, se limitó a asentir con la cabeza.

—Me lo he llegado a imaginar... —susurró—. ¿De modo que yo les estoy haciendo chantaje a ustedes?

—Oiga, ¿qué pretende, ahora? ¡De sobra sabe que nos está chantajeando, por culpa de esas malditas grabaciones que hace usted en su despacho!

—Ya. Sí, comprendo... Usted, y otras muchas personas, confían en mí apenas verme, de modo que se vuelcan en confidencias sinceras. Yo, para estudiar luego mejor el asunto, grabo esas confidencias. Y ahora resulta que utilizo esas grabaciones para hacerles chantaje. ¿Es así, señor Fawcet?

El señor Aldo Fawcet demostró que Buster había sabido elegir bien, que era inteligente, cuando preguntó, con voz apenas audible:

—¿No es usted quien hace eso, señor Craven?

—No.

—Dios mío —gimió la señora Fawcet—. Pero entonces, ¿quién es? Nosotros recibimos la nota hecha con letras recortadas en los periódicos, diciéndonos dónde tenemos que entregar el dinero, y ya hemos hecho dos pagos, por un total de ocho mil dólares... Si no es usted, ¿quién es?

—Vamos, señora Fawcet, no me decepcione; la considero a usted tan inteligente como a su marido. ¿De verdad no se le ocurre quién puede ser?

—Pues... Bueno, parece que sólo podría ser... su secretaria, la señorita Jones.

Loretta Warrens parecía a punto de desmayarse, fijos sus desorbitados ojos en Buster, que señaló el teléfono.

—¿Puedo usar su teléfono, señor Fawcet? —preguntó.

CAPÍTULO VIII

—¡Hola! —saludó Buster alegremente, señalando el teléfono—. ¿Alguna novedad, Stella?

—Nada importante. Algunas personas a las que he concedido hora para los días siguientes. Envié el guión a la RPC.

—Estupendo. Bueno, he almorzado estupendamente, he tomado café, y me siento dispuesto a trabajar como nunca. Haz pasar a los primeros, dentro de cinco minutos.

—Muy bien. ¿Y la señorita Warrens?

—Llamó al hospital donde trabaja, por si había alguna urgencia, especial, y le dijeron, que sí. Parece que hubo un choque entre un bus y un camión, y hay un montón de heridos. Espero que mañana nos veremos. Y ya que hablamos de Loretta, hablemos también de Walter; ¿va a venir hoy a buscarte?

—Sí. ¿Por qué?

—Pues, como tenemos algunas visitas atrasadas, convendría que le llamasen para decirle que venga un poco más tarde. Lo siento, Stella.

—¡Oh, no importa! ¡De veras! Walter lo comprenderá. Le llamaré dentro de un rato.

—De acuerdo. Bien, ¡vamos al trabajo!

Seis minutos más tarde, el consejero matrimonial recibía a la primera visita. Un matrimonio joven, ambos formidables, con aspecto más bien tímido. El hombre era atractivo en verdad; la mujer, a juicio de Buster Craven, estaba como todo un larguísimo tren.

—Bien —sonrió Buster tras los saludos y presentaciones—. Ustedes dirán.

El hombre carraspeó, y desvió la mirada.

—Mi esposa y yo hemos... convenido en que ella... tiene un grave defecto, señor Craven.

—¿De veras? —La miró atentamente Buster—. Espere, no me lo diga usted, voy a adivinarlo. ¡Es fea!

—¡No, señor! —Respingó el marido.

—¡Ah! Entonces, puesto que es tan bonita, quizá sea infiel.

La muchacha enrojeció, y el hombre palideció.

—No, señor. ¡Nada de eso!

—Caramba. ¿Es idiota?

—No, no.

—Veamos... ¿Sucia?

—No.

—¿Egoísta?

—No, no, no.

—¿Refunfuñona?

—No...

—¿Malgastadora?

—No, señor, no.

Buster Craven se rascó la coronilla, pensativo.

—¿No sabe cocinar?

—¡Oh, sí! Cocina bastante bien, sí.

—¿Es jugadora, gandula, intransigente...?

—No, no, no.

—Caramba, señor Pittman. ¡A que va a descubrir usted un nuevo defecto humano...! Cuente, cuente...

* * *

A las seis y veinticinco de la tarde, verdaderamente retrasado sobre la jornada normal, Buster Craven, consejero matrimonial, terminó de impartir sus últimos consejos del día. Cuando Stella Jones entró en su despacho, lo encontró medio tirado en el sillón, agotado.

—¿Quieres que te prepare un *whisky*? —rió.

—Si eres tan amable... Demonios, ¡qué día! Me pregunto por qué la gente se complica tanto la vida. ¿Llamaste a Walt?

—Sí. Me espera a las siete. Calculé bien, según parece. ¿Algún caso interesante? —preguntó la secretaria, mientras recorría el panel que ocultaba el bar.

—¡Psé...! Un par de ellos. Bueno, puedes...

Sonó el teléfono. Eran las seis y media en punto. En punto.

—Yo contesto —dijo Buster—, tú sigue con ese *whisky*. Bien completo, y con poco hielo... ¿Sí?

—¿...?

—¡Ah!, señor Fawcet... ¡Naturalmente que le recuerdo! ¿Cómo está? ¿Qué tal su encantadora esposa?

—A las nueve, en su casa. Muy bien. No, no se preocupe, no es tarde para mí. Perdone, no le he entendido bien... ¿Qué dice que soy?

—¿Un canalla? —Respingó Buster—. ¡Escuche, señor Fa...!

Se quedó mirando el teléfono, y luego lo colgó de un manotazo. Stella se había vuelto, y lo miraba expectante, tensa.

—¿Qué pasa, Buster?

—El señor Fawcet ha colgado. O he oído mal o ese tipo está loco... ¡Dice que soy un canalla!

—Debes haber entendido mal.

—Pues cuando nos veamos a las nueve será mejor que así sea, o le voy a romper las narices. ¡Ya estoy harto, hombre! Les solucionas la vida, y luego... Es raro, ¿verdad? —Parpadeó—. ¡Otro que se enfada conmigo, como Lucy Temple, como los Somervelle...! No lo entiendo.

—Es mejor que no hagas caso.

—Quizá tengas razón. Voy a terminar de poner un poco de orden en estas grabaciones del día, y luego me voy a ir a cenar a Wang's.

Hace tiempo que no voy al restaurante chino... Eso haré. Luego, me voy a ir al cine, y después a tomar unas copas en algún sitio alegre... Supongo que no es buena la idea de invitaros a ti, y a Walt.

—Vaya, Buster, ¿no tienes bastante con la señorita Warrens?

—Ya supongo que estáis mejor solos —gruñó Buster—. Bueno, gracias por el *whisky*, que te diviertas, y hasta mañana.

—Adiós... No te retires tarde, porque mañana te espera otro día parecido.

—¡Horror!

Stella Jones salió riendo del despacho. Cinco minutos más tarde, con el vaso de *whisky* en la mano, Buster Craven salió del suyo,

recorrió todo el consultorio, asegurándose de que ella no estaba allí, y regresó a su mesa. Descolgó el teléfono, y marcó un número.

—¿Sargento?

—Ha salido hace cinco minutos. Todo ha ido perfectamente. Yo llegaré allá, en cuanto oscurezca.

* * *

Hacía cinco minutos que había anochecido cuando Buster Craven abrió la puerta derecha de atrás del coche, y se sentaba junto al sargento Mackey, que consultó su reloj.

—¿Y el teniente? —preguntó Buster.

—Está dentro de la casa, con algunos hombres. No se preocupe, señor Craven, los Fawcett no corren el menor peligro. ¿Ha venido en su coche?

—No, señor. Quedamos en que vendría en taxi, por si ellos, al acercarse a esta casa, veían mi coche y no seguían adelante, ¿no fue así?

James Mackey asintió con la cabeza.

—Éste es un caso extraño, en verdad —murmuró.

—Pues no sé, porque no acostumbro meterme en líos de éstos. Pero si usted lo dice...

—Son las nueve menos veinte —encogió los hombros Mackey—. Y hace diez minutos que comenzó a anochecer. Parece razonable pensar que estos asesinatos son más factibles al amparo de la oscuridad.

—Eso no puede hacerlo su secretaria, señor Craven.

—No. Lo hace él. Walter Turner, su novio. En el caso de Lucy Temple pudo dominarla, sin ninguna dificultad. La sorprendió en el dormitorio, después de abrir con el llavín que Stella le dijo que encontraría en la maceta del pasillo. En cuanto a los Somervelle, ya le dije que la llamé a ella para preguntarle si ellos disponían de algún otro teléfono u otro domicilio, ya que no contestaban en su casa de Sunset Boulevard. Stella avisó a Walter Turner, y éste fue allá. Mientras nosotros nos dedicábamos a... Bueno, nosotros no; ustedes. Mientras ustedes desconectaban los cartuchos de dinamita del encendido de mi coche, los Somervelle volvieron a su casa, decepcionados. Walter los estaba esperando en el garaje. Allí los mató. Tanto a Lucy Temple, como a los Somervelle, los mataron

para impedir que tuviesen explicaciones conmigo.

—Y usted está convencido de que querrán hacer lo mismo con los Fawcet.

—En efecto. En las dos ocasiones anteriores, Stella sabía lo que estaba ocurriendo. La primera, porque cuando llegaron Spencer y Ralph, estaba allí. La segunda, porque yo mismo la puse sobre aviso al llamarla. Y ahora, la tercera, porque hemos preparado todo eso de la llamada telefónica del señor Fawcet. Vendrán, sargento. No pueden permitir que unas personas que están dispuestas a plantarme cara por lo del chantaje sigan con vida, y me pidan explicaciones... que me conducirían a la verdad. Si yo no les hago chantaje..., ¿quién sino mi secretaria puede haber obtenido copias de las cintas grabadas? Aparte de mí mismo, es la única que tiene acceso al archivo.

—¿Absolutamente la única?

—Absolutamente. No puede ser de otra manera. Los que están pagando resignadamente el chantaje para que sus amigos no reciban copias de esas grabaciones tan personalísimas, no corren peligro. Pero, los que como Lucy Temple, o los Somervelle, se rebelan y deciden eliminarme, se condenan a muerte. Y Stella siempre está cerca de mí, para saber quiénes son los que se rebelan.

—Es posible que usted esté en lo cierto. Pero, señor Craven, dígame, ¿realmente son tan... interesantes esas grabaciones?

—Cuando usted disponga de tiempo, puede pasar por mi despacho, sargento, y con gusto le permitiré escuchar todo lo que usted me dijo respecto a su propio problema matrimonial...

—No —musitó Mackey—. No, no. No quiero escuchar eso.

—Me parece lógico. Pues bien, las revelaciones que usted me hizo, en comparación con algunas otras, son cosas de niños.

—Por Dios...

—Imagínese por un momento que la grabación que hice sobre sus confidencias cayese en manos de algunos «amigos» de usted. ¿Se imagina el mal rato que podrían hacerle pasar?

—Escuche, señor Craven...

—No, espere. Me parece que adivino lo que usted está pensando, y voy a anticiparme. No pienso devolverle su grabación, porque, la voy a destruir. La suya, y todas las demás, las voy a destruir; ya no conservaré esa clase de archivo nunca jamás. Pero, respecto a las

que he estado archivando, Stella Jones tiene una copia. Lo que tenemos que hacer es atrapar a los dos, meterlos en la cárcel, y destruir esas copias.

—Está bien. ¿Usted seguirá siendo consejero matrimonial?

—Oiga, sargento; ¿qué le pasa? —refunfuñó Buster—. ¿Acaso mis consejos no le dieron resultado, a usted y a su esposa?

—Sí. Maldita sea mi estampa, claro que sí, pero...

—Yo podría ser cualquier otra cosa. Por ejemplo, tengo el título de abogado, y podría ejercer, pero, como dijo un amigo mío, no me da la gana. Y le diré por qué. Estoy beneficiando más a mis semejantes diciéndoles cómo tienen que vivir para ser felices, que sacándoles de apuros por vivir haciendo estupideces. ¿Me comprende?

—Sí.

—Bueno. Pues yo seguiré siendo consejero matrimonial. Soy útil, aprendo a conocer a mis semejantes, y gano dinero. ¿Qué más demonios puedo desear?

—No se me ocurre nada —sonrió Mackey; volvió a mirar su reloj—. Son las nueve menos un minuto. Ya deberían haber venido, ¿no?

—Quizá se tomen más tiempo; para tranquilizar a Stella, le dije que yo no pensaba venir a ver a los Fawcet, de modo que quizá vengan más tarde. Pero lo seguro es que no piensan permitir que los Fawcet lleguen vivos a mañana, que es cuando, le he dicho a Stella que hablaría con ellos.

—Bien... Seguiremos esperando. La policía, señor Craven, suele tener una paciencia enorme. A propósito de paciencia, anoche estuvimos llamando al apartamento de la señorita Warrens desde las dos de la mañana hasta las cuatro, y no contestó.

—¿Para qué la llamaban?

—Fue una curiosidad mía. ¿A usted se le ocurre dónde pudo meterse esa chica, durante toda la noche?

—A mí, sí. ¿Y a usted?

James Mackey sonrió, y volvió a mirar su reloj. Frunció el ceño, y luego puso cara de esperar.

A las nueve y media, seguía esperando.

Ya las diez.

Y a las once. Y a las doce. Y a la una.

A la una y cuarto, miró a Buster, que estaba sombrío como una

nube de invierno.

—Francamente, señor Craven, ¿usted cree que debemos seguir esperando?

—No.

—Entonces, quizá tenga usted alguna otra sugerencia que hacer a la policía.

—Tengo una: métanme en la cárcel, por cretino.

—No creo que eso solucionase nada. Y tampoco hemos encontrado solución a nuestro extraño caso. Es evidente que sus sospechosos no van a venir.

—Pues no lo entiendo.

—Yo, sí; se ha equivocado usted. Naturalmente, nadie ha atentado contra los Fawcett, que siguen en su casa, con el teniente Gillis y algunos muchachos. No ha pasado nada, no va a pasar nada. Vamos, señor Craven, admítalo; se ha equivocado.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Qué me dé con una piedra en los dientes?

—No, hombre. Le voy a sugerir algo mejor: váyase a dormir, y nosotros haremos lo mismo ¡Ah-ah! —Alzó un dedo, anticipándose a las objeciones de Buster—; dejaremos aquí personal suficiente para asegurarnos de que los Fawcett no corren ningún peligro. Por lo demás, buenas noches, señor Craven. Me pregunto si encontrará usted un taxi a estas horas. ¿Quiere que lo llevemos a su casa?

—No, señor. Lo menos que merezco es cansarme como un animal. Pero me parece que optaré por pedir un taxi desde una cabina telefónica, para que pase a recogerme.

—Esa idea, sí es buena —aceptó Mackey—. Adiós.

—Adiós.

Buster Craven salió del coche de Mackey, y se alejó caminando lentamente, como resistiéndose. ¿Era posible que hubiese fallado en sus deducciones? Todo estaba tan claro en su mente, todo era tan lógico... ¿Quién, sino Stella, a la que apoyaba Walter Turner? ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?

Unos trescientos metros más allá, en el mismo Sunset Boulevard, vio una cabina telefónica desde la cual pidió un taxi. El taxi llegó diez o doce minutos más tarde, se detuvo delante de la cabina, ante la cual esperaba Buster, y éste pasó al asiento de atrás.

—Lléveme al 2000 de Palisade Avenue. Es la esquina. Así no

tendrá que dar la vuelta.

—Okey.

Quince minutos más tarde el taxi se detenía en la esquina de Palisade Avenue con la 33th Street. Buster pagó la carrera dio una propina más bien generosa y se apeó. Ni un alma claro. Encendió un cigarrillo metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar hacia el 2074, donde tenía su apartamento en aquella misma manzana. Pasó junto a su coche, y unos pasos más allá se detuvo a mirarlo, estremeciéndose. Su imaginación era bastante buena, así que, se imaginó la escena de lo que pudo haber sido. Pone la llave en el contacto, la gira, y... ¡pum!, a saltar por los aires hecho pedacitos.

—¿Cómo era posible que él, un tipo tan listo, hubiese fallado en sus deducciones? ¿Acaso podía ser otra cosa? ¿Acaso...?

¡Pack!

El disparo restalló secamente en el silencio de la noche. Eran las dos de la mañana. Buster Craven lanzó un alarido, mientras se llevaba las manos al costado derecho, giraba sobre sí mismo, y a trompicones llegaba hasta la fachada del edificio, chocaba allí de bruces, y caía de espaldas.

Por suerte para él.

¡Pack!

La segunda bala dio en la pared, y rebotó con agudo tañido vibrante, con un espeluznante ¡boooiiiiinnnggg...!, que se perdió hacia el cielo.

Por un instante, Buster permaneció tendido de espaldas, con la mirada fija en el cielo, desorbitados los ojos. Luego, como si hubiese recibido una descarga eléctrica, giró sobre sí mismo, regresando hacia su coche, en busca de la protección de su plancha metálica.

También fue afortunado esta vez, porque una fracción de segundo después de ponerse a rodar, la tercera bala rebotó en el suelo, allá donde había caído de espaldas. El estampido, terrible en el silencio de la noche, pareció perforar los oídos de Buster, que llegó a darse de cara contra su coche, giró boca abajo, y comprobó, aterrado, que de ninguna manera podría meterse debajo.

En alguna parte, oyó pisadas precipitadas, acercándose a él, rodeando su coche por la parte de delante. Se incorporó a medias, y corrió hacia la parte de atrás. Apenas había llegado allí, cuando la

cuarta bala rebotó en la carrocería, con un sonido tremolante, como de campana agrietada... Casi al mismo tiempo, aparecían las luces de un coche, y se oía el rugir de un motor, el chirrido de unos neumáticos. Las luces de aquel coche iluminaron de lleno a Buster, que se encogió entre su coche y el que estaba estacionado detrás, evitándolas. A su izquierda se oyó un frenazo, y una voz harto conocida llegó hasta él:

—¡Walter, la policía! ¡Corre, ven...!

La figura de Walter Turner apareció, por un momento, en la zona más iluminada, corriendo; en su mano derecha se percibía la forma de una pistola. Llegó al coche del cual había brotado la voz de Stella Jones, y se metió dentro. El coche salió como disparado por una catapulta, chirriando fuertemente los neumáticos.

En aquel momento, por detrás, llegaron las luces largas de otro coche, iluminando el que conducía Stella Jones. Buster sacó la cabeza por delante del coche estacionado detrás del suyo, y vio la luz azulada girando en el techo del vehículo recién aparecido..., que un instante más tarde pasaba por delante de él, lanzado a toda velocidad.

Fue como en el cine, o en la televisión.

Del coche de la policía brotaron algunos fogonazos. Más allá, se oyó el sonido de un cristal especial reventando, como en una pequeña explosión. Acto seguido, unos neumáticos comenzaron a chirriar con fuerza, sin cesar, con altibajos... Un instante más tarde, se oía el choque crujiente de hierro contra hierro, de cristales reventados, de metal retorcido.

Buster miró hacia allá. El coche de la policía se había detenido. El otro también, pero no por propia voluntad, sino porque se había incrustado contra una de las altas farolas del alumbrado. Del coche policial salieron varios hombres, que echaron a correr hacia el otro. Pero no todos. Uno de los hombres corrió hacia donde estaba Buster. Cuando llegó ante él, se acuclilló, para ponerse a su altura, y lo miró expectante, preocupado.

—¿Está usted bien, señor Craven? —preguntó.

Buster abrió la boca, pero eso fue todo. Luego, retiró la mano de su costado, y se la miró. La sangre goteó sobre el asfalto, deslizándose entre sus dedos.

—Llamaremos, en seguida, una ambulancia —dijo Mackey—.

Será mejor que no se mueva. Tiéndase ahí, en la acera, y espere. No haga nada, ¿comprende?

—Sí.

—¡Ah!, no parece demasiado grave. Pues me alegro mucho, de veras. Y, en definitiva, usted tenía razón. Pero se equivocó en una cosa: ellos ya estaban hartos de matar a otras personas para que no hablasen con usted, así que, finalmente, decidieron matarlo a usted. Era menos arriesgado que tener que estar siempre pendientes de las llamadas telefónicas que tuviera usted e ir eliminando a quienes protestasen por el chantaje. Si lo mataban, todos tendríamos que creer que había sido alguno de sus clientes, y nunca habríamos descubierto la verdad. Mientras tanto, ellos dos, aun a pesar de que habían matado la gallina de los huevos de oro que era usted, podrían seguir chantajeando a aquellas personas de las cuales tuviesen cintas grabadas con sus confidencias. Siempre sin dar la cara, claro. En suma, señor Craven: usted tenía razón.

—¿Han querido matarme, a mí?

—Sí.

—¿Stella y Walter? ¿A mí?

—Así es. En lugar de ir a matar a los Fawcett, decidieron matarlo a usted. Y lo esperaron aquí... Será mejor que se tienda y no se mueva, señor Craven. Volveré en seguida.

Buster asintió con la cabeza, y se sentó en el bordillo de la acera, sujetándose de nuevo el costado herido. Estuvo así cosa de un minuto. Luego, se puso en pie, y caminó hacia el centro de la calzada, desde donde tomó la línea recta hacia el coche incrustado contra la farola. Todavía no había llegado, cuando uno de los policías lo señaló. El sargento Mackey se volvió, lo vio, y tras vacilar, permaneció inmóvil, esperándolo.

Buster llegó junto al coche, y miró hacia el asiento delantero por el hueco dejado por el cristal, que había saltado pulverizado.

A quien primero vio, fue a Stella.

Estaba como muy gandulamente recostada en el respaldo del asiento, con la cabeza colgando hacia atrás, y los ojos abiertos. No tenía ni una sola gota de sangre en todo el cuerpo. Pero su frente estaba extrañamente hundida, como partida por la mitad, hacia dentro. Era extraño ver así a Stella... De pronto, se dio cuenta de que sí había sangre en alguna parte de su cuerpo; un fino chorrito

lentísimo salía por su oreja izquierda, y se deslizaba hacia el cuello.

Walter estaba en el otro asiento, pegado con la mejilla derecha contra el cristal de la portezuela, que, asombrosamente, había quedado intacto. Su postura no podía ser más inverosímil; tenía el brazo derecho pasado hacia la nuca, con la mano hacia el hombro izquierdo, sujetando todavía la pistola, y la pierna izquierda se había alzado de tal modo que el pie descansaba el salpicadero; el pie descalzo. El zapato estaba en el asiento de atrás.

El sargento Mackey tomó de un brazo a. Buster, y lo apartó de allí.

—Olvidelo, señor Craven —dijo—; no vale la pena.

—¿Usted adivinó que querían matarme a mí? —susurró Buster.

—Tuve tiempo para pensar en las varias facetas que podía presentar el asunto.

—¿Lo adivinó?

—Lo intuí. Sí, ésa es la verdad. Si yo sé que usted es inteligente, y yo también soy inteligente, y los que están haciendo algo malo son inteligentes, las cosas se resuelven por sí solas.

—No es usted precisamente un tonto, sargento.

—No. Pero no tengo la menor idea sobre consejos matrimoniales. Así que, señor Craven, cuídese. ¿Qué haríamos sin usted los que tenemos algún que otro problemita matrimonial, de cuando en cuando?

ESTE ES EL FINAL

—¿Queda alguno más? —preguntó Buster Craven.

—Depende —dijo su nueva secretaria—. ¿Realmente estás bien, te sientes fuerte, normal, lleno de vitalidad...?

—Claro que sí —refunfuñó Buster—. Aquella herida no fue gran cosa, he descansado, te he tenido a ti de enfermera, y si he vuelto al trabajo es porque estoy bien. Así que, ¿queda alguno más?

—Sí, una visita.

—Vaya... Bueno, ¿cómo te ha ido tu primer día de secretaria de consejero matrimonial?

—Muy bien —dijo Loretta Warrens—. Es parecido a ser enfermera. De un modo u otro, colaboro en ayudar a mi prójimo.

—Ésa es la idea, no lo olvides —alzó un dedo Buster—. ¡Ah!, los dos hemos olvidado un detalle. Es respecto a tu sueldo. No es que, yo sea un potentado, pero estoy seguro de que te pagaré más que en el hospital.

—No estoy aquí por eso, Buster.

—Lo sé, lo sé. Pero una chica necesita tener unos ingresos razonables, para comprarse tonterías. Pero luego hablaremos de eso... Haz pasar a la última visita.

—Muy bien.

Loretta Warrens salió del despacho. Buster quedó pensativo, tras encender un cigarrillo. Sí, sabía muy bien que algunas personas consideraban su trabajo como un puro camelo, pero allí, sólo sus lentes eran un camelo. El resto, era, más, que nada sentido común y buena voluntad para ayudar en lo posible a sus semejantes. Y estaba comprendiendo que sus semejantes eran tan tontos, que cuando él les ofrecía una solución que ellos mismos podían haber encontrado con buena voluntad, se quedaban maravillados y soltaban sus

dólares. Era lo menos que se merecían, por memos.

La puerta del despacho se abrió, para dejar paso a la última visita de la tarde, ya cerca de las seis. Buster Craven compuso su sonrisa de buena persona, miró hacia allí..., y el cigarrillo escapó de sus labios, cayendo sobre la alfombra, en la que haría un tremendo agujero que sólo sería descubierto a la mañana siguiente... Mientras tanto, los ojos del consejero matrimonial se asomaron por los párpados como disparados desde dentro por unos muelles, como ocurre en las peliculitas de dibujos animados: ¡boíinnnnnggg!

Quien había entrado era Loretta, pero no vestida como minutos antes, sino llevando solamente una *baby-doll* de un negro transparente estilo «viento del desierto» que tenía sin resuello a Buster. Los ojos de éste seguían colgando fuera del rostro por medio de aquellos muelles vibrátiles cuando la muchacha se sentó en el mullidísimo sofá de mil ochocientos dólares, y puso sobre la mesita la botella de champaña y las dos copas.

Entonces, cruzó las piernas, miró a Buster Craven, y suspiró lastimeramente.

—Señor Craven —dijo—; tengo un problema.

—¿Cu-cu-cu-cuál pro... problema...? —tartajéó Buster.

—Pues verá usted —la muchacha descorchó la botella de champaña, y sirvió en las dos copas antes de volver de nuevo sus ojazos hacia él—. Resulta que estoy loca, pero lo que se dice loca, loca, LOCAAAAA... por un hombre, y no sé qué decirle para que me proponga matrimonio. Y eso, a pesar de que... Bueno, ¿cómo se lo diría? Vamos, que... O sea, que congeniamos, ¿comprende?

—Sí, sí, sí.

—Y yo me he dicho: Loretta, hija, que ese tipo es tonto, que hay que darle un empujoncito, así que podrías utilizar la táctica que utilizó tu amiga Mary con el tonto de Charlie... De modo que, dicho y hecho: me he comprado una *baby-doll*, pues sé que a ese tonto le gusta esta prenda, y he comprado también una botella de champaña, y nada, que me he lanzado al ataque, con la esperanza de que, por ejemplo mañana mismo, consiga llevar el tontísimo ése a Las Vegas, pongo por caso, y casarnos para siempre, porque con los consejos de un sujeto que yo me sé, este matrimonio no lo disuelve ni un rayo. ¿Usted qué opina?

—¡Opino —gritó Buster Craven—, que voy a pedir ahora mismo

dos pasajes en avión supersónico para Las Vegas!

—Eres tonto, en el fondo —suspiró Loretta—. ¿No comprendes que esos pasajes ya los tengo reservados yo hace días?

—¡Aaaah...! Bueno, ¿qué hago entonces, qué... qué hacemos?

—Pues. —Loretta alzó las dos copas de champaña—, como principio, podríamos brindar por un sujeto que piensa pasarse la vida dando consejos encaminados a conseguir la felicidad ajena.

—¿Y luego?

—Querido —sonrió, dulcemente, Loretta—; eres un pelma. Empecemos por el champaña. Luego, ya veremos...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...